

ESPAÑOLES EN ORIENTE: CAMPAÑAS DEL DANUBIO Y CRIMEA

por Juan PANDO DESPIERTO
Investigador Histórico

El desplome napoleónico propiciaría la ascensión de dos grandes potencias hegemónicas al Este y al Oeste: Rusia y la Gran Bretaña. Cuarenta años más tarde de su triunfo aliado en París, ambas aprovecharon un simple pretexto religioso para hacer valer sus campos de fuerza respectivos. Y así, un Oriente autoritario y temible se enfrentaba a un Occidente liberal y reagrupado, donde los antiguos enemigos, Francia e Inglaterra, opusieron un frente unido a la común amenaza oriental. España estuvo presente por medio de sus brillantes Comisiones de observadores militares, de los que Prim, Villalón y O'Ryan quedaron como ejemplo rotundo de profesionalidad y coraje en la milicia; mientras un reducido grupo de abnegados voluntarios españoles luchaban y morían frente a Sebastopol, símbolo entonces de aquella libertad europea tan duramente disputada.

LA LARGA ESPIRAL HACIA LA GUERRA



comienzos de 1853 Oriente mantenía una tensa paz vigilada. «*La Sublime Puerta*», tal y como se denominaba a sí mismo el Imperio Otomano, era el «*Hombre enfermo*», un gigante de pies de barro que sólo su prestigio histórico mantenía en pie. Por encima de su geografía y su pasado, la inmensa mole de la Rusia zarista: un Imperio autocrático y militarizado, en permanente vigilia de cazador. Sin posibilidades expansionistas hacia Occidente, su salida natural era hacia el Sur, por el Mar Negro y el Danubio. Quedaba esperar el momento, pues cualquier pretexto facilitaría la ocasión. Había, además, una fortísima componente de raíz espiritual: a la decadencia siempre fanatizada de la Media Luna en Constantinopla, se oponía la ortodoxia implacable de la Cruz en San Petersburgo.

La iglesia de la Natividad, en Belén —*entonces provincia otomana*—, se convirtió en la causa inmediata del conflicto. La permanente tirantez entre los monjes católicos y ortodoxos, a lo que

se unía el desprecio y la rigidez de las autoridades turcas, provocó el estallido. Hubo muertos, asesinos sin identificar, investigaciones sobreesididas, indignadas notas diplomáticas y culpables silencios administrativos que lo fueron fatalmente de Estado. Todas las partes se sintieron ultrajadas y la temperatura del belicismo subió vertiginosamente, sobre todo en Rusia. Europa entonces se «*aburría*», terminados un tanto los serios desajustes producidos por las convulsiones revolucionarias de 1848. Y así, las monarquías de talante liberal o los nuevos imperios de programa democrático, «*estiraron el cuello*» interesadas en lo que pasaba al otro extremo de Europa. Pero lo que al principio parecía una simple «*rabieta*» entre el Sultán y el Zar se apareció de pronto con un temible trasfondo estratégico: los turcos no sostendrían ni siquiera un empujón de Moscú, y su caída dejaría al descubierto todo el Medio Oriente y desde luego Asia, y allí, por encima de cualquier otro concepto, aparecía la India. Londres fue entonces, un hervidero de tensiones y el gobierno de la joven reina Victoria —*tenía 34 años*— se dividió entre el «*todo irá bien*» de Lord Aberdeen y el «*nada podría ser peor*», de Lord Palmerston, jefe del partido intervencionista británico y de notoria influencia en Buckingham.

El 18 de mayo de 1853, después de un ultimátum sin respuesta redactado trece días antes, el príncipe Mensikov declaraba rotas las relaciones entre su país y el imperio turco. Desconfiantes e inquietas, Inglaterra y, sobre todo, Francia, mediaron al principio para que el conflicto no llegase a afectarlas directamente, aunque sólo tibiamente —*su primera y torpe diplomacia no veía con malos ojos que potencias rivales se estrangulasen y debilitasen entre sí*—, pero luego se produjo en el Sena idéntica reacción a la que había sobresaltado al Támesis: los generales de Occidente no olvidaban las palabras mandadas grabar por Catalina la Grande en 1787 sobre el arco principal de la entrada a la fortaleza de Sebastopol: *Ruta de Constantinopla*. En tan sólo 24 horas una flota y un ejército rusos podían entrar en el Bósforo y plantar sus enseñas sobre las cúpulas de Santa Sofía. Ante eso, importaba muy poco que los hipotéticos vencedores fuesen también «*cristianos*», pues Pedro I el Grande ya lo había dicho en su testamento: «*Aproximaros lo más que podáis de Constantinopla y de las Indias. El que domine allí será el dueño del mundo*». Los rusos, pues, habían alzado su puño en el aire y eran la amenaza a contener, máxime aún cuando el príncipe de Nesselrode, canciller de Nicolás I, descendía brutalmente aquel puño hasta el suelo y anunciaba secamente al mundo la invasión de los principados danubianos (Valaquia y Moldavia) por un ejército de más de 150.000 hombres. Era más de lo sopor-

table para el belicoso Lord Palmerston y el nuevo Napoleón de los franceses.

En España había una paz también vigilada. Ningún sobresalto digno de mención quince meses después del apuñalamiento de Isabel II por el cura Merino (2 de febrero de 1852) Al «eficaz» gobierno de Bravo Murillo había sucedido el gabinete de Francisco Lersundi, teniente general, y que también ocupaba la cartera de Guerra, ministerio fundamental (1). Los nubarrones de la vacilante política institucional aún no habían completado su aparatosa evolución posterior y las figuras clave de O'Donnell, Narváez, Dulce, Espartero o Concha se mantenían detrás del horizonte. El gobierno de Lersundi, atento a la evolución exterior, principalmente de la vecina Francia, dispuso el envío de una «Comisión militar» para estudiar de cerca las operaciones y «seguir con cuidado el giro de la guerra», tal y como rezaban sus instrucciones. La jefatura de la Comisión fue pronto centro de una noble disputa por hacerse con la posibilidad de estar presente en el eje de los acontecimientos que inquietaban a Europa. El nombramiento recayó en uno de los militares de más prestigio del momento: Juan Prim y Prats, entonces mariscal de campo y una de las cabezas políticas en la milicia que con más fuerza apuntaba. Para que le acompañasen y auxiliaran, fueron nombrados así mismo el coronel graduado comandante de E.M. don Federico Fernández San Román, y en calidad de ayudantes de campo, el coronel graduado segundo comandante de Infantería, don Carlos Detenre y Garnier y el teniente coronel graduado de la misma clase y arma don Agustín Pita del Corro y Garnier. Mientras, Europa se deslizaba, insensible pero irremisiblemente, hacia la guerra.

El 2 de junio, las flotas inglesa y gala reciben orden urgente de reunirse en la bahía de Bézika, a la entrada de los Dardanelos. Los almirantes aliados, de frente a los preparativos rusos, han decidido «vigilar de cerca en lugar de esperar órdenes desde lejos».

(1) Las reformas de Bravo Murillo alcanzaron también la administración civil y militar, aunque mientras los coroneles apenas llegaban a los 24.000 reales por año, los jefes de negociado superaban ampliamente los 30.000, alcanzando los 50.000 reales los jefes superiores, quedando contenta la burocracia gubernamental y agraviado el Ejército. Durante su mandato la moralidad fue impunemente escarnecida, pues hechos tales como que el gobierno rescatase por 63 millones de reales el ferrocarril de Madrid a Aranjuez y se lo arrendase a renglón seguido al marqués de Salamanca por millón y medio, gritan por sí solos. No gritó nadie, excepto el propio Bravo Murillo, que alardeó provocativamente: «Tenga yo la confianza de la Reina, y sólo con este frac negro ahorcaré cuantos generales quiera con sus fajas. «Fantochada estéril, pero que aceleró la corriente antimilitar, que se continuaría de forma aún más torpe con el gabinete del conde de San Luis y que culminaría en la revolución de 1854, con la reacción del Ejército liberal.

Por su parte, Prim, una vez concluidos sus preparativos y recibidas las últimas instrucciones —dadas por escrito en una serie de cartas que el autor encontró muy recientemente después de varias circunstancias (2)— iniciaba la aventura. El último despacho del ministerio de la Guerra decía así textualmente: *«Instrucciones que ha de tener presente el Mariscal de Campo Don Juan Prim, Conde de Reus, en el desempeño de la Comisión que con esta fecha le confía S.M. para pasar a Turquía: Aunque el verdadero y principal objeto de la Comisión sea el asistir a las operaciones si llegasen a romperse las hostilidades entre turcos y rusos (la carta en cuestión está fechada a 13 de junio de 1853) y tener al Gobierno de S.M. perfectamente al corriente de todas las ocurrencias y peripecias tanto militares como políticas que la guerra presente; sin embargo, el Sr. General se dedicará con el mayor cuidado a observar el estado del Ejército Turco en todos los diferentes ramos del servicio militar, tanto en el personal como en el material y dedicará principalmente su atención a observar y penetrar bien el espíritu del Ejército y el efecto moral que tanto en él como en las masas hayan podido producir las mejoras y reformas principiadas por el anterior Sultán y el grado de solidez y de firmeza que sus resultados ofrezcan. Si las hostilidades llegasen a romperse, el Sr. General tratará de incorporarse al Cuartel General del principal Ejército Turco y si creyere oportuno enviar a alguno de los oficiales que van a sus órdenes a otro Cuerpo de Ejército o a alguna operación especial, no habrá inconveniente en ello. A un General de las cualidades del Conde de Reus parece excusado recomendarle la conducta prudente, digna y reservada que debe observar; basta sólo decirle que lo que importa es que por todos los medios trate de estar al corriente de cuanto ocurra de modo que por su conducto pueda el Gobierno de S.M. estar completamente enterado del verdadero estado de las cosas y de las probabilidades nacionales que los sucesos vayan presentando: rehuirá en cualquier circunstancia todo compromiso político y diplomático, no dando en todo caso ningún paso de este género sin conocimiento del Ministro de S.M. en Constantinopla. Francisco Lersundi».*

(2) En la primavera de 1985 y en una conocida sala de subastas madrileña, salió un lote de cartas dirigidas al general Prim «sobre asuntos relacionados con Turquía», según especificaba la reseña de la subasta. La sorpresa del autor fue absoluta al reconocer en ellas las órdenes directas del gobierno de Lersundi al propio Prim; pero el alto precio de salida —30.000 pesetas— hizo desistir su compra. Meses después, y ya bastante adelantado este artículo, en una de las visitas periódicas de quien esto escribe por las «librerías de viejo», me fue ofrecido un lote de cartas «interesantes» sobre el propio Prim. La sorpresa se reprodujo —y con creces pues se trataba de los mismos documentos que no habían sido «cubiertos» en la subasta. La oferta ahora era de 10.000 pesetas, y a ella sí se pudo llegar, rescatando así estos testimonios tan valiosos de la época.

Prolijas instrucciones que Prim seguiría con exactitud, mientras en otro despacho con fecha del día anterior, el Subsecretario del Ministerio, Eugenio Román, le hacía llegar el siguiente texto indirectamente: «*El Señor Ministro de la Guerra dice hoy al de Estado lo que sigue: la Reina nuestra Señora (q.D.g.) ha tenido a bien disponer que el Mariscal de Campo, Don Juan Prim, Conde de Reus, que actualmente se halla con licencia temporal en París (es la confirmación de que Prim se encontraba fuera de España y, como la inmensa mayoría de sus compañeros de armas, con licencias temporales en Francia) (3), pase comisionado a Turquía con objeto de examinar el estado de aquel Ejército y asistir a las operaciones que puedan tener lugar si desgraciadamente se llegasen a romper las hostilidades entre la Puerta Otomana y la Rusia, todo conforme a las instrucciones que al mismo se le remiten directamente; siendo al mismo tiempo la expresa voluntad de S.M. que dicho General disfrute mientras dure su Comisión de sesenta mil reales de sueldo como empleado, y de otros sesenta mil por vía de gratificación; cuyas cantidades dispondrá V.E. se le satisfagan por la legación Constantinopla con cargo a este ministerio.*»

Con igual fecha y firmada también por el Subsecretario de la Guerra, se comunicaba al Director General de los Cuerpos de Estado Mayor que, «*el coronel graduado capitán Don Federico Fernández San Román, oficial ayudante de la Comisión a Oriente del Conde de Reus, es voluntad de S.M. de que dicho oficial además de su sueldo disfrute mientras dure su Comisión en el extranjero de la gratificación de veinte y cuatro mil reales anuales*» (4).

YA NADIE PUEDE VOLVER ATRAS

La noticia de la conjunción naval franco-británica provoca una histeria de traición y estrangulamiento a las orillas del Neva, en un San Petersburgo más que nunca agarrotado a sus propias proclamas de guerra. Durante un largo y tenso verano, unos y otros se observarían crispados, intercambiándose por igual ofertas imprevistas y amenazas repetidas. Pero en el otoño, por reiteración

(3) Prim, igual que muchos de los jefes del Ejército, se encontraba con licencia temporal en París, lo que de hecho era un destierro controlado. Los archivos de Exteriores están atestados durante esos años clave —1852 a 1856— de solicitudes denegadas de permisos de vuelta a la patria y de autorizaciones o prórrogas de nuevas licencias. Se quería así mantener «a distancia» a un Ejército por boca del cual clamaba la opinión pública.

(4) Un despacho de igual fecha y características, marcaba para Detenre y Pita del Corro el mismo sueldo —24.000 reales— y gratificaciones. A.G.M. de Segovia.

y agotamiento del lenguaje diplomático, la crisis pareció desinflarse esperanzadamente, no así los cañones, que tronaban sin cesar entre turcos y rusos. Y así, cuando el foco parecía reducido a una pugna cruenta pero en tablas en los pantanos del Danubio, una conmoción general sacude las cancillerías: el 30 de noviembre, la imponente flota rusa del almirante Nakhimoff sorprende a la obsoleta y confiada de Osmán Pachá en la tranquila laguna de Sinope. La masacre es total y los navíos turcos se hunden todos en un estruendo de heroísmo e incompetente silencio (5). Para Occidente supone el signo nítido de que los rusos están decididos a aniquilar a los turcos, para luego volcarse sobre Asia y quién sabe si revólverse sobre Europa y alcanzar finalmente el Rhin. Nicolás I, el «gendarme de Europa», el hombre que había fusilado sin piedad a los «decembristas» el mismo día de su coronación (6), agarrado brutalmente a Polonia y aplastado fríamente a Hungría en 1849, debía ser contenido a cualquier precio.

Los embajadores son reclamados y los viejos sables de Waterloo se limpian cuidadosamente. Una psicosis guerrera —y de «temor hacia el Este»— empieza a recorrer Europa entera, movilizándola. Prusia concentra dos Cuerpos de Ejército (90.000 hombres) en las provincias del Rhin y en la frontera polaca, mientras reúne avituallamiento y pertrechos para otros cien mil más; Austria teme que los nuevos hunos saqueen Viena y llama urgentemente dos quintas completas (310.000 hombres), reforzando sus efectivos en Lombardía, Venecia y el Tesino, cubriendo además su espalda con Polonia con otros cien mil soldados. Incluso Dinamarca, a salvo en el Mar del Norte, apela a sus reemplazos de viejos reservistas y

(5) Retenida despreocupadamente en la laguna de Sinope por una borrasca, los once buques del vicealmirante Osmán Pachá fueron sorprendidos por las once unidades de Nakhimoff. Prisionero Osmán Pachá e incendiado su navío, todos los demás buques turcos fueron alternativamente hundidos o volados por sus comandantes, que prefirieron morir a bordo antes que rendirse. La masacre —2.900 muertos turcos por sólo 37 bajas rusas— era consecuencia de la diferencia abismal entre la obsoleta artillería naval de los otomanos y las modernas piezas tipo «Pai-hans» —utilizando por primera vez granadas explosivas de sus contrarios.

(6) Los «decembristas», élite ilustrada y progresista del Ejército, la nobleza media y la «intelligtsia» rusas, habían comenzado sus impulsos de democratización de las estructuras autocráticas del país luego de la victoria nacional sobre Napoleón en 1812 y 1814, pero la permanente crispación gubernamental de Alejandro I provocaría numerosas crisis (1816 y 1820), en las que severos castigos diezmaron sus filas y tornaron sus ideas de monarquía constitucional en radical republicanism. El 27 de diciembre de 1825, el mismo día de la coronación del nuevo zar, Nicolás I, se produjo la sublevación de las dos alas de la organización (Norte y Sur), dirigidas por Pevsteleiev y Ryleiev. Un total de 579 «decembristas» fueron condenados a la pena capital o al destierro a perpetuidad en Siberia (un 80 por 100 de ellos eran miembros del Ejército).

renueva el artillado de sus fortalezas en Jutlandia, mientras Suiza misma recomienda a sus Estados de la Confederación «*que requisen todos los caballos disponibles y movilicen cualquier hombre capaz de empuñar un arma, sin importar la edad*». Por su parte, Holanda, Bélgica y el recién nacido reino de Piamonte, reaccionan de igual manera. Entre los tres, reúnen otros 120.000 hombres listos para la lucha. Tan sólo España y Portugal guardan la calma que proporciona la geografía y la perspectiva política de su tradicional aislamiento.

Al gabinete Lersundi había sucedido el del Conde de San Luis, con un nuevo ministro de la Guerra, Anselmo Blaser, que no había olvidado a la Comisión para Oriente —*todavía anclada en los trámites*— y a la que añadió dos nuevos ayudantes: el coronel graduado capitán de Ingenieros don Salustiano Sanz y el teniente coronel graduado capitán de Artillería don Joaquín M.^a Enrile. En total, pues, tres coroneles, dos tenientes coroneles y un escribiente, más una escolta de un sargento y doce individuos de tropa, todos ellos voluntarios de las «*Rondas Extraordinarias de Cataluña*» y seleccionados a instancias del propio Prim.

La noticia de que el ansiado viaje por fin arrancaba, motivó una inquietud de alistamiento de última hora en la oficialidad española. El ministerio de la Guerra recibió numerosas demandas de licencias para pasaportes con destino a Oriente, pese a que los solicitantes lo hacían en nombre propio y pagándose de su bolsillo los costos del larguísimo recorrido. Finalmente, unos pocos afortunados, los comandantes de Infantería, don Luis Escario y don Miguel de Trillo y Figueroa, el capitán de Ingenieros don Ramón Méndez de Vigo y los tenientes de Infantería don Enrique de Trillo y Figueroa y don Fernando Useleti de Ponte, obtuvieron la prácticamente inalcanzable Real Licencia, marchando de inmediato para Francia y llegando a Constantinopla —*vía Marsella*— mucho antes que Prim y los suyos.

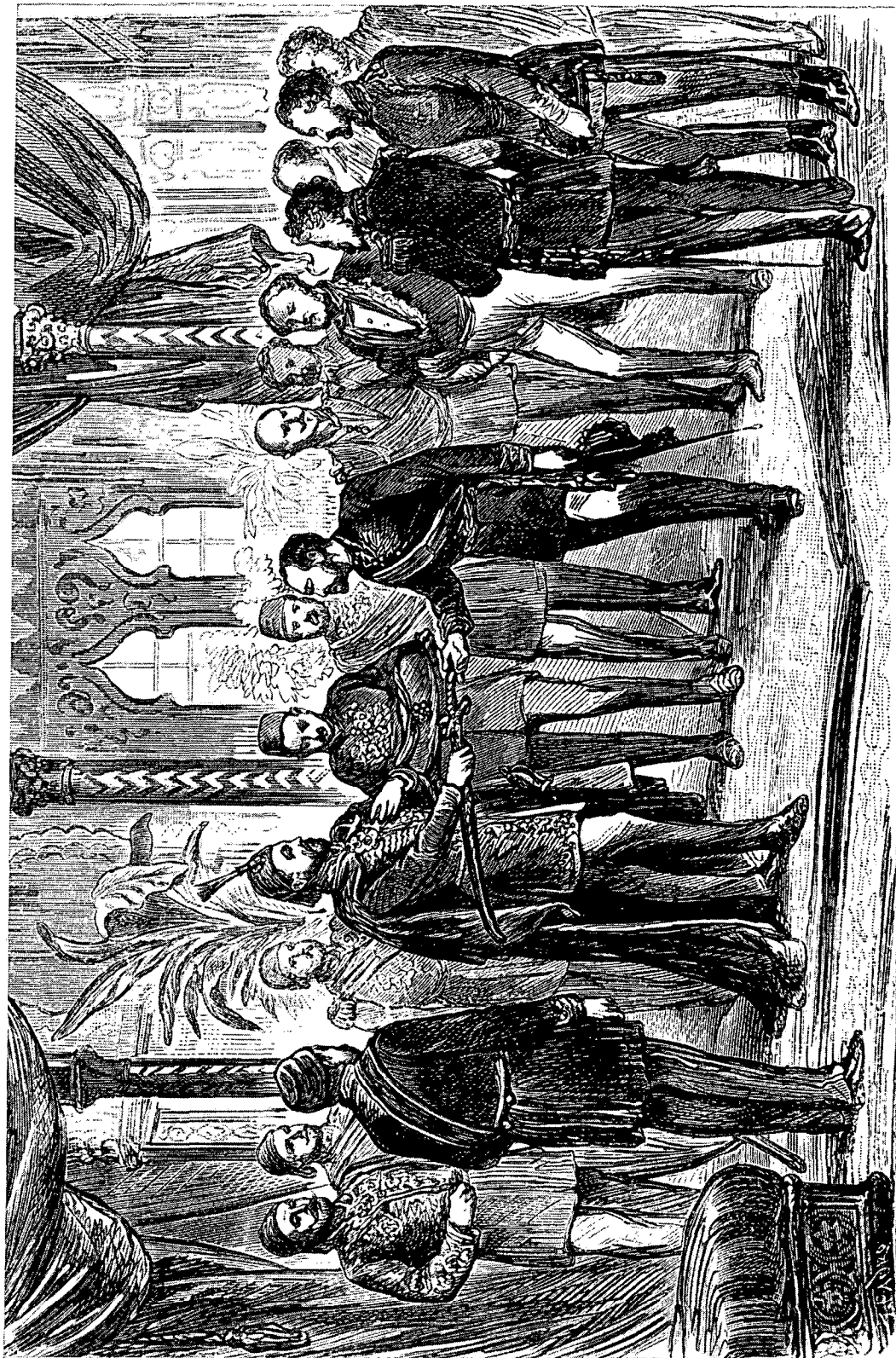
Mientras en Madrid se reciben los despachos desde Londres (Xavier Istúriz y Juan Comyn) sobre la *casi seguridad de que será imposible evitar que este país entre en guerra*» y los provenientes desde París (Marqués de Viluma) de «*la enorme inquietud que aquí existe sobre la probabilidad cierta de una guerra en Oriente y aún en Europa*» (7), los militares españoles se reúnen ilusionados en la capital del Imperio otomano. Son todos muy jóvenes —la

(7) Despachos de las embajadas de Londres y París. Archivo de Exteriores. Legajos núms. 1.504 y 1.560.

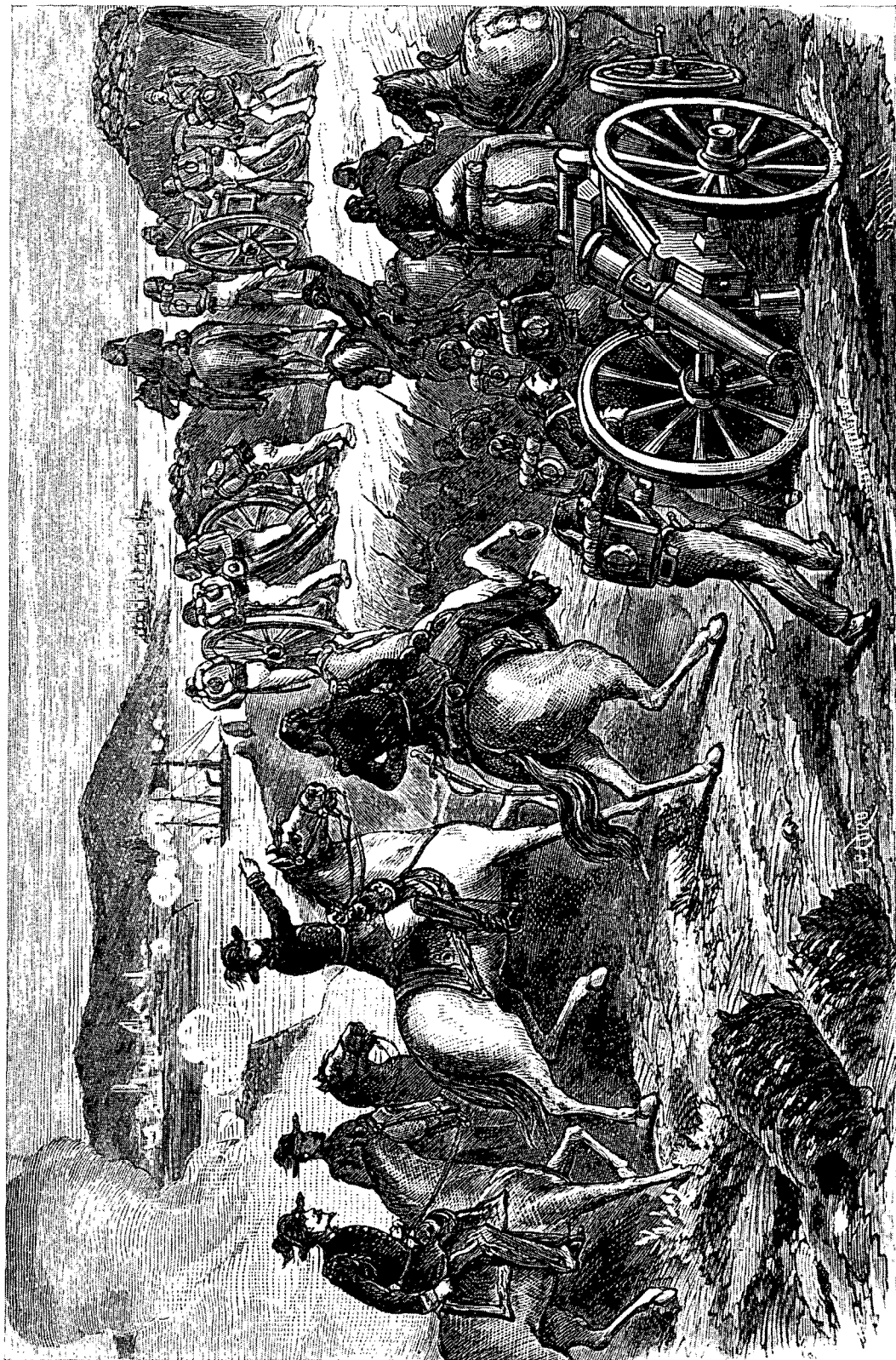
mayoría nacidos entre 1822 y 1827— y tan sólo la enjuta figura de Carlos Detenre, con sus 51 años, aparenta romper el carácter emprendedor de la Comisión española. Prim, entonces con 39 años, aglutina todos los impulsos e ideas; junto con Detenre, un veterano oficial, legendario ya por su arrojo, que pronto se hará tremendamente popular entre los turcos. Prim tiene siete heridas de guerra, tres cruces de San Fernando y ha participado —sólo en la guerra de los Siete Años— en 35 hechos de armas. Sus acciones posteriores en Cataluña o Puerto Rico, más su experiencia como diputado por Tarragona (legislatura de 1841), hacen de él el militar y político decidido que a todos atrae. Entre sus ayudantes, los hay madrileños, como Escario y San Román, andaluces como Trillo y Méndez de Vigo o gallegos nostálgicos como Sanz. Todos ellos poseen juventud y valor a partes iguales, aunque los hay ya reconocidos, como el gaditano Pita del Corro, que luce sobre su pecho una Cruz de San Fernando por la acción de Barella durante la guerra civil.

Pero toda esta experiencia y enorme voluntad se ven paradas en seco por los razonamientos que el comandante turco de E.M. Savet-Effendi (*«Effendi» es el equivalente al «Don» español*), quien se ha encargado de recibirles y auxiliarles a su llegada, les opone friamente detrás de su sonrisa. Lo primero, debían cumplimentar a numerosas autoridades, se les llevaría a visitar unidades, fábricas y cuarteles y, mientras tanto, se reuniría la impedimenta necesaria para marchar todos hacia Chumla, base principal de operaciones del Ejército turco en el frente del Danubio. Prim protestó —para su fogoso carácter la idea de los besamanos e inspecciones de rutina le sacaba de quicio— y junto con él el resto de los españoles. Pero todo fue inútil y los turcos se mostraron inflexibles. Razonaron que, reunir cincuenta *«buenos»* caballos en plena guerra y para *«no participar directamente en ella»*, era demasiado, incluso para la *«buena disposición»* de la Sublime Puerta. En consecuencia, los españoles, a los que se habían unido espontáneamente polacos, ingleses y franceses, se convirtieron todos en forzosos turistas.

A un Prim resignado aparentemente, pero siempre ávido de conocimientos, se le unieron varias personalidades de fuerte carácter, muy acordes con el suyo: el comandante de E.M. piemontés, Giuseppe Govone, el capitán del Ejército de las Indias, Mr. Geoffrey Rhodes, el comandante de E.M. polaco V. Tchoievski, más el cónsul galo en Erzerum, Mr. Chalais, buen conocedor del país y sus costumbres y que resultó la llave precisa que abriría todas las



Prim y los oficiales de la Comisión española, reciben un sable de honor de manos del Sultán Abdul-Medjid.



Prim, San Román y Detente dirigiendo el emplazamiento de nuevas baterías frente a los rusos en la La Cuarentena (Danubio).

puertas a un Prim impresionado por las dimensiones de aquel gigante dormido que era el Imperio Otomano. Excitado ante la tarea por hacer —recordando las instrucciones primeras del gobierno español sobre informes precisos sobre Turquía y su Ejército— los españoles pusieron buena cara a la tarea que les esperaba.

Ya empezado octubre, la Comisión española y sus amigos aliados se ponen en marcha hacia el frente. Son 13 oficiales, 37 criados, 51 caballos y un furgón grande. En la larga ruta de Constantinopla-Andrinópolis-Chumla —20 etapas y 89 horas de marcha— Prim y los suyos detallan meticulosamente todas las características topográficas y militares del terreno: *«De Stralja a Chumla. 6 etapas. 26 horas y media de marcha. Travesía del Balkan por estrechos valles, fuertes pendientes y angostos desfiladeros. Pueblos miserables y puentes de tabla. Abundancia de agua y leña. Ventajosas posiciones defensivas»*. Caminando junto a grandes unidades tipo división, Prim observa las peculiaridades del soldado y el ejército turco: *«Hemos comprobado cómo un campamento de 15.000 hombres podía montarse y levantarse en sólo hora y media, con un orden admirable y en silencio. El soldado turco tiene una confianza sorprendente con sus oficiales, aunque con un enorme respeto. Las penas corporales son muy raras y sólo se aplican en casos extremos. En comparación con otros ejércitos occidentales, no hay ningún desorden ocasionado por el vino, el juego o las mugeres. Son todos veteranos —el servicio por quintas es de cinco años consecutivos— y el nivel de salud óptimo. Mientras los rusos tienen una altísima proporción de enfermos, los turcos se muestran mucho más resistentes. La mayoría de los médicos —muy pocos, por otra parte— son europeos. Aquí sólo vienen los más fuertes —de cada 500 inscritos, sólo 150 son admitidos— que hacen todas las labores, ya de fusileros o zapadores, pues no tienen ningún tren de puentes ni unidades de ingenieros o pontoneros. La infantería parece inmejorable y de una valentía extrema, pero la artillería, sobre todo la construcción y características de las piezas, es deficiente, y la caballería resulta débil»*.

La llegada a Chumla es espectacular. Les recibe Omer-Bajá, un croata de 54 años, ingeniero militar en Austria de caminos y canales y que, en 1830, por causa *«de un grave disgusto»* —que Prim prudentemente no especifica (8)— había emigrado a Turquía y

(8) Omer-Bajá era natural de un pueblito de la Croacia, donde fue bautizado con el nombre de Miguel Lahttas. Hijo de un suboficial, fue educado con esmero y se distinguió como alumno de Ingenieros, de donde pasó a simple escribiente,

abrazado la religión musulmana. En un país sin especialistas, la ciencia y, sobre todo, la primorosa caligrafía del croata, convirtió a Omer-Bajá en indispensable. Y Prim añade: «Desde hace 10 años es la cabeza del Ejército y la fuerza inteligente de las armas del Sultán». A este hombre, enjuto y nervioso, con puño de hierro como lo había demostrado en las revueltas de Siria y el Kurdistán, que mandaba un «ordu» de 60.000 infantes, 10.000 jinetes y 198 piezas de artillería, le place en seguida el genio vivaz y entendido del español, indicando a sus oficiales que la Comisión española pasaba a formar parte directamente de su propio E.M.

JURAMENTO Y GUERRA

El 9 de octubre, a las once de la mañana, los españoles asisten a la jura del grueso del Ejército de Omer-Bajá. 20.000 hombres en una línea de masas con la artillería en los flancos, la caballería en retaguardia y los irregulares cerrando en martillo, que vitorean entusiásticamente a su jefe. La pausada aparición del Superior de los Ulemas, todo él vestido en morado y con imponente turbante blanco, es acogida con respetuosos murmullos. Todas las miradas convergieron en sus manos: allí, envuelto en gasa verde ricamente bordada, llevaba el libro sagrado, el Korán. A cien pasos del centro de la línea principal se colocó una mesa de sándalo, apoyada sobre cuatro cajas de municiones. El Ulema leyó entonces varios versículos y el general Halim-Bajá dio las voces prescritas del juramento. Inmediatamente después, las banderas de las distintas unidades fueron colocadas en anillo alrededor del Ulema y los oficiales «*erguidos y emocionados, pasaban por su lado, poniendo las hojas de sus alfanjes sobre el Korán. Luego giraban y saludaban fervorosos a Omer-Bajá, al que besaban el faldón de su levita negra*», tal y como atestigua el propio Prim.

A continuación, los españoles y demás oficiales extranjeros fueron discretamente apartados, pues se iba a dar lectura a una alocución del Consejo Supremo «*contra los infieles y su total aniquilación*».

por desconfianza de su lugar de origen y su humilde cuna. Trasladado a Zara (Dalmacia), a la frustración se unió el hambre y un desengaño amoroso, y todo ello motivó su escapada a Bosnia, donde un comerciante turco le encomendó la educación de sus hijos, pero si abandonaba el cristianismo. Enviado a Constantinopla, varios jefes otomanos percibieron sus cualidades como ingeniero y calígrafo (sucedió esto en 1833), y poco después el «seraskier» (general en jefe) Kosrew-Bajá le nombraba su ayudante para luego ser elegido preceptor del entonces niño Abdul-Medjid, futuro Sultán. Sobrio de ademanes y de conducta, a su genio en el combate unía su proverbial generosidad. Sería el Generalísimo de los Ejércitos otomanos hasta el término de la contienda y un fiel amigo y admirador de nuestro Prim.

PRIM MUEVE LOS CAÑONES FRENTE A LOS RUSOS

El 30 de octubre, Omer-Bajá, seguido sólo por sus cinco ayudantes de campo, Prim y el coronel de San Román —a los que daban escolta medio escuadrón de lanceros— cruza las primeras líneas hasta quedar situado frente al Danubio y los destacamentos rusos del príncipe Gortschakoff. Los rusos aproximaban refuerzos constantemente —el total era ya de 84.932 hombres y 312 piezas— mientras los turcos, algo más lentos, se movían en una inmensa línea desde Vidin a Chumla, que, junto a las reservas en formación en Sofía y Bosnia, elevaban su fuerza a 180.000 infantes, 20.000 jinetes y 255 cañones. Pero allí, en el pueblito de Tortukai —donde sus habitantes, mitad búlgaros y turcos, llevaban una vida sorprendentemente tranquila— sólo existían las dos brigadas de Halim-Bajá y Mustafá-Bajá, con apenas 9.000 hombres. Sorteando parapetos, emplazamientos de baterías, fosos y contraescarpas, Omer-Bajá preguntó a Prim su opinión sobre el estado de sus posiciones. Sin dudarle, el Conde de Reus le señaló el punto débil de la línea turca: una hondonada cubierta de matorrales frente a las líneas rusas del siniestro islote de la Cuarentena. Allí debía emplazarse de inmediato una batería de cuatro piezas y atrincherar a su lado un batallón reforzado de fusileros. Impresionado por completo Omer-Bajá por la rápida intuición del militar español, dio órdenes fulminantes de que así fuera realizado. Prim no se limitó a eso, y con una naturalidad y eficacia que asombró al E.M. de Omer-Bajá, indicó sucesivamente varios cambios fundamentales a efectuar en las defensas y reductos en vías de ejecución, bajando decidido de su montura y variando personalmente el ángulo de tiro de varias piezas. Omer-Bajá, sonriente y admirado, comentó entonces que el general español debería hacer lo mismo que él: pasarse a la religión musulmana, ya que un puesto incluso de «*Ferik*» (general al mando de un Ejército) lo tenía sin duda asegurado. Parece ser que un Prim sonriente le respondió con un «*Gracias, señor, pero no cambio este uniforme por ninguno*», a lo que Omer-Bajá se inclinó comprensivo respondiéndole: «*La España puede estar confiada con oficiales como Vd. y los suyos*».

El 2 de noviembre, en un ataque sobre la línea del frente, los turcos consiguen apoderarse de la Cuarentena y rechazan a los rusos. El teniente coronel Detenre —en primera línea y siguiendo instrucciones expresas del propio Prim que le marcaban de «*estar presente allí donde la acción se produjese y sin importar el peligro*»— y destinado como observador avanzado en una partida de albaneses en reconocimiento, llega con ellos hasta la aldea aban-

donada de Oltenitza. Cerradas casas y ventanas, el silencio de la guerra lo domina todo. Justo en ese instante, un sordo rumor dirige todas las cabezas hacia el Norte: no puede ser más que caballería enemiga. En efecto, un escuadrón de cosacos desemboca ya por el otro extremo de la larga calle que divide la población. Unos y otros se miran a distancia sin reaccionar. De pronto, el oficial ruso desenvaina su sable, grita una orden y es seguido por sus hombres que se lanzan en tromba sobre aquel grupo de contrarios, amontonados en la calle y sin posiciones de defensa. Sorprendidos, los albaneses dudan entre dar la espalda o aguantar a pie firme la avalancha aullante que se les viene encima. Mientras el jefe de la partida albanesa se queda como petrificado y sus hombres se desbandan atolondrados, Carlos Detenre, con plena sangre fría y total determinación, se adelanta solo. Un punto azul aislado entre la furia y la vacilación. Detenre, un voluntario ya de tres guerras (9), se atreve a algo más de lo que le está permitido a un observador en campaña. De sobra intuye que en el furor de una carga semejante de poco le van a valer sus distintivos neutrales o sus buenos modales. Cuando las dos primeras filas de cosacos se abalanzan sobre el oficial español, Detenre levanta entonces sus brazos y descarga a quemarropa sendos pistoletazos sobre la muralla de lanzas y gritos que se le vuelca encima. Alcanzados los jinetes del centro, un amontonamiento de hombres y monturas se forman apenas a unos metros del oficial español, mientras las dos

(9) Carlos Luis Detenre y Garnier había nacido el 30 de noviembre de 1802 en Villeneuve de Saint Georges, un pueblito cerca de Versailles. Enrolado muy joven —17 años— en el Ejército de su país, pasó luego al de Bélgica y de éste al de Portugal, como teniente del batallón franco de Cazadores de Oporto (estuvo allí nueve meses y sería condecorado por sus acciones con la Cruz de Caballero de la Orden de Cristo y la de la Torre y la Espada); para volver a entrar en España y sentar plaza con la misma graduación en el batallón franco de Málaga, de donde sería destinado a Cataluña para intervenir allí en el asedio y asalto de Solsona (27 a 30 de julio de 1838), y luego participar brillantemente en los encuentros de Malagarriga, Valle de Arán, Peracamps, etc., comenzando así su larga hoja de servicios bajo la bandera de España. Disueltos los Cuerpos Francos en 1841, pasó al Cuerpo de Carabineros (de nuevo en Málaga), produciéndose su primer contacto con Prim en 1843 (ya era entonces comandante), con motivo de la sublevación de julio de ese mismo año (acciones del río Besós, San Andrés del Palomar y asalto de Mataró), con la Primera división del Ejército de Cataluña, en la que forjaría estrechísima amistad con el conde de Reus. Prim se lo llevaría consigo como ayudante cuando su mando en Puerto Rico (1847 y 1848), quedando luego en Madrid en situación de reemplazo, de donde saldría en el verano de 1853 para formar parte de la Comisión española a Oriente. Detenre es uno de esos brillantes oficiales que pronto son olvidados —igual que O’Ryan, San Román, Trillo o Villalón—, pero que forman la médula del Ejército. Este francés de nacimiento pero español siempre de corazón, recuerda la vibrante línea del defensor de Buenos Aires, Liniers, otro gran soldado al servicio de España.

alas de los cosacos, lanzados en su impulso, se desvían hacia las casas de un lado y otro de la calle para ser allí atacados por los albaneses, quienes, galvanizados por el ejemplo increíble de Detenre, tumban por tierra a veinte jinetes y ponen en fuga a los restantes. Detenre se retirará el último, «*andando tranquilamente*» como refieren las crónicas del suceso, voiviendo la espalda a un nuevo escuadrón cosaco que asoma de nuevo por el extremo del pueblo pero que ya no se atreve a introducirse en él. Ya en el campamento, Detenre es alzado en hombros y vitoreado largamente por sus ya fieles albaneses, en medio de la curiosidad y asombro de todo el Ejército turco.

La hazaña del oficial español elevó aún más el prestigio de Prim y los suyos, y fue mayor todavía cuando, en el avance general del día siguiente, nuevamente el ojo crítico del Conde de Reus, al señalar los puntos clave para emplazar nuevas baterías —sobre todo una de ellas, de seis piezas y que indicó lo fuese a ras de agua— sería decisivo frente al eje previsible de contraataque de los rusos.

El 4 de noviembre, con un cielo despejado y a bajo cero, los rusos atacan. Sin importarles las pérdidas, regimiento tras regimiento son enviados a la masacre. Omer-Bajá, rodeado de su E.M., dirige personalmente el fuego de las piezas del reducto principal. Pronto comienzan a caer proyectiles de la artillería pesada rusa —muy superior en alcance y velocidad de tiro a la turca— y las bajas se suceden. Entre las explosiones, la figura de Prim se mueve ágilmente de un lado a otro. Junto a él, San Román y Detenre rivalizan en recomponer los parapetos o atender a los heridos. Los oficiales y sargentos turcos les entienden con sólo un gesto, admirados del valor de aquellos hombres que se arriesgan junto a ellos por nada. Detenre, nuevamente llevado por su valor temerario, incluso ayuda a colocar nuevas piezas, aparta las desmontadas y se alza sobre el parapeto para retirar los cuerpos exánimes de los defensores malheridos. Negro como el carbón y su uniforme en jirones, su silueta desaparece entre el humo y los gritos para resurgir vigorosa una vez más. Pero los rusos avanzan y avanzan. Las primeras filas están a punto de coronar los fosos turcos cuando un Omer-Bajá, muy pálido, se vuelve hacia Prim, en ese momento a su lado, y le dice en un soplo de voz: «*¿Son valientes mis soldados, verdad? Sólo tenemos que aguantar dos minutos, pero no sé si podremos...*». Prim va a responder cuando los primeros cazadores rusos, con sus altas gorras y sus largos capotes grises, se hierguen amenazadores sobre los desmochados parapetos. Pero sus gritos son cubiertos por un clamor de vítores de los artilleros

y fusileros turcos que se abalanzan sobre los asaltantes y los rechazan a la bayoneta en un contraataque brutal y rapidísimo. Es la victoria (10). Al día siguiente, un Omer-Bajá agotado pero sinceramente agradecido felicitaba públicamente a la Comisión española delante de todo su Ejército y citando expresamente el valor de San Román, Detenre y el propio Prim en la acción. Era el final, incendiándolo todo a sus espaldas, los rusos de Dannenberg se retiraban vencidos hacia Bucarest.

NOTICIAS DE ESPAÑA

El gobierno español, ante la marcha de los acontecimientos, trataba de no comprometerse, pese a que las relaciones con una de las partes, Rusia, estaban interrumpidas desde 1833.

Entre tanto, la campaña del Danubio se cerraba, en puertas ya un crudo invierno. La comisión española retornó a Chumla y desde allí nuevamente, en otro larguísimo recorrido, alcanzaban a ver las doradas cúpulas de Santa Sofía. Era propósito de Prim saludar al Sultán y demás autoridades y emprender todos juntos —exceptuando los hermanos Trillo, que ya habían partido para España poco antes del comienzo de la campaña— el regreso a la patria y, volver en la primavera siguiente, cuando se reanudasen por ambas partes las operaciones de movimiento —anclada ahora la guerra en una lucha de desgaste de posiciones y encuentros entre partidas.

Solicitada audiencia al Sultán, fue ésta otorgada de inmediato. Prim, en un correcto francés, se dirigió así a Abdul-Medjid: «... y pronto a partir para España, a fin de dar cuenta a mi Soberana de la misión que se ha dignado confiarme, mi primer deber es solicitar la licencia de V.M.I. y daros las gracias, Señor, por haberme permitido asistir a las operaciones del Ejército de Romelia (Omer-Bajá), donde he tenido ocasión de apreciar las brillantes cualidades del soldado otomano (...). Parto con la esperanza de volver a la lucha en la primavera próxima».

Claramente complacido el Sultán por estas palabras, respondió por medio del ministro de Estado (Reschid-Bajá), que tenía noti-

(10) Los rusos sufrieron en Oltenitza 2.300 bajas (700 muertos y 1.600 heridos), por sólo 80 muertos y 250 heridos los otomanos. Oltenitza fue la primera victoria turca no sólo de la guerra, sino en una larga confrontación de incidentes fronterizos y de hostilidades encubiertas que se arrastraban desde hacía más de un siglo entre ambos Estados.

cias directas de los valientes hechos de armas de la Comisión española, y que le llegaban puntualmente informes sobre ello por medio de uno de sus ayudantes de campo (Mustafá-Bey), destinado en el «Ordu» de Omer-Bajá. Así mismo, encarecía al general Prim transmitiese sus mejores deseos para con su Reina y la nación española y hacía votos por ver a tan bravos oficiales pronto a su lado. Embarcaron los españoles en el «Osiris», un moderno vapor francés, el día de Navidad y rumbo a Marsella. Pero la tristeza y la sorpresa aguardaban en Francia. Carlos Mier, correo de gabinete de la Embajada de España en París, trajo en pocos días la respuesta a la solicitud de licencia para la frontera; sí a los oficiales, no al general. Prim, dolido y paralizado en la capital francesa —adonde se había trasladado— intentó que el marqués de Viluma, nuestro embajador, hiciese lo imposible por conseguir doblegar aquella negativa. Fue inútil. El gabinete del conde de San Luis, torpemente enfrentado con los generales españoles de mayor prestigio (11), se negó en redondo a las peticiones sucesivas y el acceso directo a la Reina era aún más difícil. Embarrancado en París, junto con Detenre y San Román, Prim se dispuso a pasar el invierno, mientras el resto de la Comisión —de los que Useleti de Ponte sería el primero— cruzaba sin contratiempos los Pirineos.

LA LLAMADA DE ORIENTE Y CRISIS EN ESPAÑA

Mientras los aliados efectuaban una demostración de superioridad naval frente a Odessa (22 de abril 1854), se embarcaba en Marsella ese mismo día el grueso del Ejército galo, al mando del mariscal de Saint-Arnaud, quien apreciaba como se merecía a «*ce brave soldat espagnol*», Prim, quien feliz de abandonar el tedio parisino, había recuperado la sonrisa y la vivacidad tan características en él, charlando animadamente con los oficiales franceses de la brigada de Reserva (2.^a División), que iba a cargo del príncipe

(11) El 9 de diciembre de 1853 el gobierno del conde de San Luis fue derrotado en el Senado —la famosa «votación de los 105»—, pese a lo cual Sartorius no se inmutó, disolviendo, cerrando diríamos mejor, las Cámaras y gobernando por decreto. Las licencias al extranjero o los destinos lo más alejados posible, se sucedieron: Zavala iría a Bayona «por motivos de salud», José y Manuel de la Concha serían destinados a las Canarias —pero José conseguiría alcanzar Francia—, mientras Serrano acababa en Arjona y O'Donnell recibía despachos para Palma de Mallorca, aunque lograría ocultarse en Madrid, en casa de unos amigos. Los destierros y cambios de destino alcanzaron a un sinnúmero de brigadieres y coroneles, siendo aquella una dictadura «incluso ridícula en sus excesos antimilitares», como muy bien expresa José Luis Alonso en su excelente «Historia Política del Ejército Español» (Madrid, 1974, págs. 315 y siguientes).

Luis Napoleón, otro viejo conocido del largo invierno del Sena y tan buen amigo del español como el mariscal en jefe. Por fin, el primero de mayo, nuevamente Santa Sofía estaba a la vista. Esta vez no hubo problemas con los caballos y el solo nombre de Prim sellaba cualquier dificultad. Partieron sin demora los españoles (en este segundo viaje sólo hemos identificado con seguridad los nombres de San Román, Detenre y Pita del Corro, y muy pocos más pueden añadirseles en teoría y casi con verosimilitud ninguno, excepto escribientes y escoltas que, desafortunadamente, no hemos podido identificar) hacia el frente, entonces en plena ebullición por la ofensiva del príncipe de Varsovia sobre la plaza fuerte de Sillistria, en el camino hacia Andrinópolis. Omer-Bajá, cuyo Ejército seguía presionando en la Valaquia, recibió con grandes muestras de afecto a Prim y los suyos, asignándole como antes un puesto de confianza en su E.M. Mientras Sillistria era dejada como imposible por los rusos (22 de junio y luego de haber sufrido 10.000 bajas), Omer-Bajá pasaba a la ofensiva en Rutschuk, con 50.000 hombres, apoderándose en un cruento golpe de mano nocturno de la plaza fuerte de Guerguevo, en la orilla derecha del Danubio. Aún de noche, Omer-Bajá y Prim recorren el campo de batalla (4.000 muertos entre turcos y rusos en cuatro horas de lucha), mientras el humo de los incendios se pegaba a las rojizas aguas del Danubio en una madrugada tensa y sofocante.

Al amanecer, Prim y San Román estaban otra vez en primera línea, colaborando en la dirección de las obras de fortificación de las defensas de Guerguevo, siguiendo el ruego de Omer-Bajá, para quien los españoles se habían convertido en asesores imprescindibles. Estabilizado el frente en las siguientes jornadas, Prim fue consultado repetidas veces sobre la manera de salir con urgencia del «*impasse*» frente al gran río, a lo que el militar español orientó en el sentido de efectuar un ataque por sorpresa en un punto preciso y concentrando en él el mayor número de efectivos. Enfrascado en este proyecto, un correo urgente de España revoluciona las tiendas españolas: se luchaba en Madrid, el trono estaba en peligro y la confusión lo dominaba todo. Era la «*Vicalvarada*» y significaba un giro crucial en el destino de todos ellos. Los españoles se despiden precipitadamente de un Omer-Bajá que lo comprende con pesar y parten —vía Pesth y por vapor para ganar horas a un tiempo precioso— hacia Constantinopla, mientras los turcos, en un impulso repentino, concentraban sus fuerzas efectivamente y lanzaban un ataque fulminante que llevaría a Omer-Bajá hasta el mismo centro de Bucarest.

Prim, por su parte, ansioso del retorno, se veía obligado a una nueva audiencia de Abdul-Medjid, quien en esta ocasión no sólo le ofrecería hermosas frases, sino un sable de honor lujosamente cincelado —lo recibirían además San Román, Detenre y Pita del Corro, y una R. O. posterior (12), regularía su uso, así como el de las insignias de Caballero de la Orden de la Medjidie y la Gran Cruz de la misma con que fueron condecorados los tres oficiales españoles y su general— e, inesperada sorpresa, un soberbio alazán para el conde de Reus, enamorado de los caballos... pero que se vio obligado a regalar ante el inminente viaje de regreso a la patria.

SILENCIO DE MADRID Y RUMORES DE ESTADO

Una vez más, Prim se enfrenta con el muro de las licencias para su vuelta. Desde Berlín —carta del propio Prim al ministerio de Estado en fecha del 15 de agosto de 1854 (13)— demanda autorización para él y los suyos. Contesta la Reina por conducto de O'Donnell sorprendentemente pocos días después: el 23 de agosto. Y por fin es un sí, pues «*se acepta, desde luego el que regreséis a esta Corte con los individuos que componen la Comisión Militar a Oriente*». Vía París y luego de un retorno plagado de incidencias, los Pirineos quedaban atrás. Mientras Prim, en permanente tensión por su actividad política, firmaba un Manifiesto a sus paisanos en Madrid («*El Clamor Público*», del 24 de septiembre), Agustín Pita del Corro recibía una R.O. (14), por la que «*se le concedía un plazo de cuatro meses, según desea (Prim había delegado en él la redacción final de la Memoria) para presentar un Informe o Memoria circunstanciada de las observaciones hechas por la expresada Comisión en su viaje militar, acompañada del juicio crítico de V.I. sobre la importante guerra de Oriente y demás asuntos que hayan sido de especial objeto de las investigaciones practicadas en aquellos países, tanto por V.I. como por los oficiales que allí tenía a sus órdenes, cumpliendo ese cometido*». También se extendía esta R.O. sobre «*las facilidades para proporcionar un escribiente, incluso dos, así como el de que se copien en el Depósito de la Guerra todos los planos topográficos de que sea preciso hacer uso para mayor ilustración de la referida Memoria*» (15).

(12) Por una R. O. de fecha 14 de octubre de 1854, se accedía a que los componentes de la Comisión de Oficiales a Oriente (Prim, Detenre, San Román y Pita del Corro) galardonados con un sable de honor por el Sultán, pudiesen llevarlo en actos oficiales. La R. O. está firmada por O'Donnell. A.G.M. de Segovia.

(13) Carta de Prim desde Berlín, del 15 de agosto de 1854 al ministerio de Estado. A.G.M. de Segovia. Expediente personal del conde de Reus.

(14) A.G.M. de Segovia. Expediente personal del general Prim.

(15) El Atlas de la guerra de Crimea, magnífica obra de estudio topográfico, que

Mientras Pita del Corro se inclinaba sobre cientos de apuntes manuscritos y alzados de planos, Prim navegaba en las turbulentas aguas de la recién estrenada legislatura. Sería diputado por Barcelona y, poco después, mientras la desconfianza de muchos le quería alejar hacia las Capitanías de Filipinas o Puerto Rico, era nombrado finalmente Capitán General de Granada (5 de octubre de 1854). Desde allí se vería obligado a intervenir en la guerra de Melilla (rebelión de las cabilas del Rif Central). Pita del Corro deja lápices y cuartillas y se embarca para el frente. Allí se encontraría con los inseparables San Román y Detenre, que se distinguirían (16) todos con su general en las sangrientas acciones de La Horca, Seco, Rojo y La Puntilla. Prim ascendería a teniente general por los méritos contraídos en esta campaña, anticipo de la guerra de Africa de 1860. Le esperaban luego el golpe maestro de su intuición política en México y la gloria máxima, bandera en alto con sus fieles catalanes, en el valle de los Castillejos. Sus ayudantes de Oriente estarían también con él, pero la Memoria no se resentiría y vería la luz a finales de 1855, en un esfuerzo conjunto y final de Pita del Corro y el propio Prim.

Mientras Prim se desvanece lentamente de nuestra historia —a la espera de su cita trágica decembrina en la calle del Turco— dos desconocidos oficiales de Ingenieros, Tomás O’Ryan y Vázquez, madrileño de 33 años, y Andrés Villalón y Echeverría, cubano —nacido en Santiago de Cuba— de 22 años, se aprestaban a tomar el relevo. O’Ryan, entonces teniente coronel graduado capitán, y Villalón, capitán graduado teniente, seguían sumamente atentos la aproximación de los Ejércitos anglo-franceses hacia el teatro principal de la guerra en Oriente. Del interés pasarán a la ilusión, y de ésta a la presión animosa hacia sus superiores, a los que terminarán por convencer de la necesidad de estar presentes en aquellos acontecimientos. De esta forma, y por viajes separados, ambos confluirán en Crimea, asistiendo al sitio de Sebastopol y completando una nueva Memoria, ingente obra de 759 folios, que será el acta fiel de aquellos hechos. Pero antes España debía serenar sus últimas convulsiones internas mientras asistía, impotente y temerosa, a los reproches de Europa y la elevación de negros nubarrones atlánticos sobre Cuba.

contiene las principales acciones del Danubio y Crimea, se encuentra en la excelente cartoteca del S.H.M.

(16) La guerra de Melilla de 1856 distinguiría de nuevo a San Román, Detenre y Pita del Corro, que serían condecorados con la Cruz de Caballero de la Orden de Carlos III.

Ya en la primavera, el marqués de Viluma hacía saber a Madrid que *«luego de las ideas emitidas en las conferencias del 20 y 27 de abril que tuve con el caballero Drouyn de Lhuys (ministro de Estado galo) sobre la eventualidad de una guerra de los Estados Unidos con la España, y sobre la conveniencia de una Alianza que garantizara mutuamente las posesiones de las potencias de Europa en América y sobre la evidente compensación que la España podía dar entrando en la Alianza, no han tenido consecuencia alguna, ni se me ha vuelto a hacer indicación sobre tan importante asunto»*. Y es que el gabinete San Luis, atento sólo a contar temores y padecer pesadillas de un Ejército que clamaba por un giro nítido en el desvarío de corruptelas e incompetencias (17), no quería ni mirar siquiera por encima del cuello de sus trajes de etiqueta. Y así, siguiendo a Viluma, se lamenta éste con razón del silencio palatino, *«pues el Emperador ofrecía el 27 de abril toda la influencia moral de la Francia y hasta una escuadra para socorrer la isla de Cuba y el propio Drouyn de Lhuys estaba en las mismas disposiciones, aunque no se explicaba con tanta claridad y energía. Nada se nos indicó en tan oportuna ocasión de compensaciones a dar por España, pues el auxilio ofrecido para el caso no venía sujeto a condición alguna. Sólo se nos aconsejaba moderación y una exquisita prudencia, y el Ministro Imperial añadía por su parte que había observado que la Inglaterra esquivaba toda clase de compromiso con los Estados de la Unión»*.

Revelador informe y excepcional ocasión política torpemente desaprovechada. La moderación y prudencia de que le hablaban al preocupado de Viluma estaba referida al chirriante y absurdo capítulo de nuestra política esclavista, siempre en fricción con la perspectiva británica y el poder creciente de la joven república estadounidense. La Historia en soledad de nuestra acción en Ultramar haría de implacable auditoría en las crisis de 1873, 1895 y en el definitivo hundimiento de 1898.

(17) El denominado clan «muñocista» (por el duque de Riánsares, Francisco Muñoz, esposo de la reina M.^a Cristina), lo dominaba todo, en su afán de gobernar sin partidos y sin Ejército, fieles a la política esclavista en Ultramar y a la especulación bursátil. Todo ello concluiría en el famoso «Manifiesto de Manzanares» de Cánovas del Castillo, por boca del cual se expresaba el Ejército, que transmitía los deseos angustiosos del pueblo. Sus seis «Queremos» son bien significativos: «Queremos la conservación del trono sin la camarilla que le deshonra (...). Queremos la rebaja de los impuestos (...). Queremos la práctica rigurosa de las Leyes Fundamentales (...). Queremos arrancar a los pueblos de la descentralización que les devora (...). Queremos y planteamos la Milicia Nacional (...). Queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos de razón (el duque de Riánsares había sido ascendido, gratuitamente, al empleo de teniente general)».

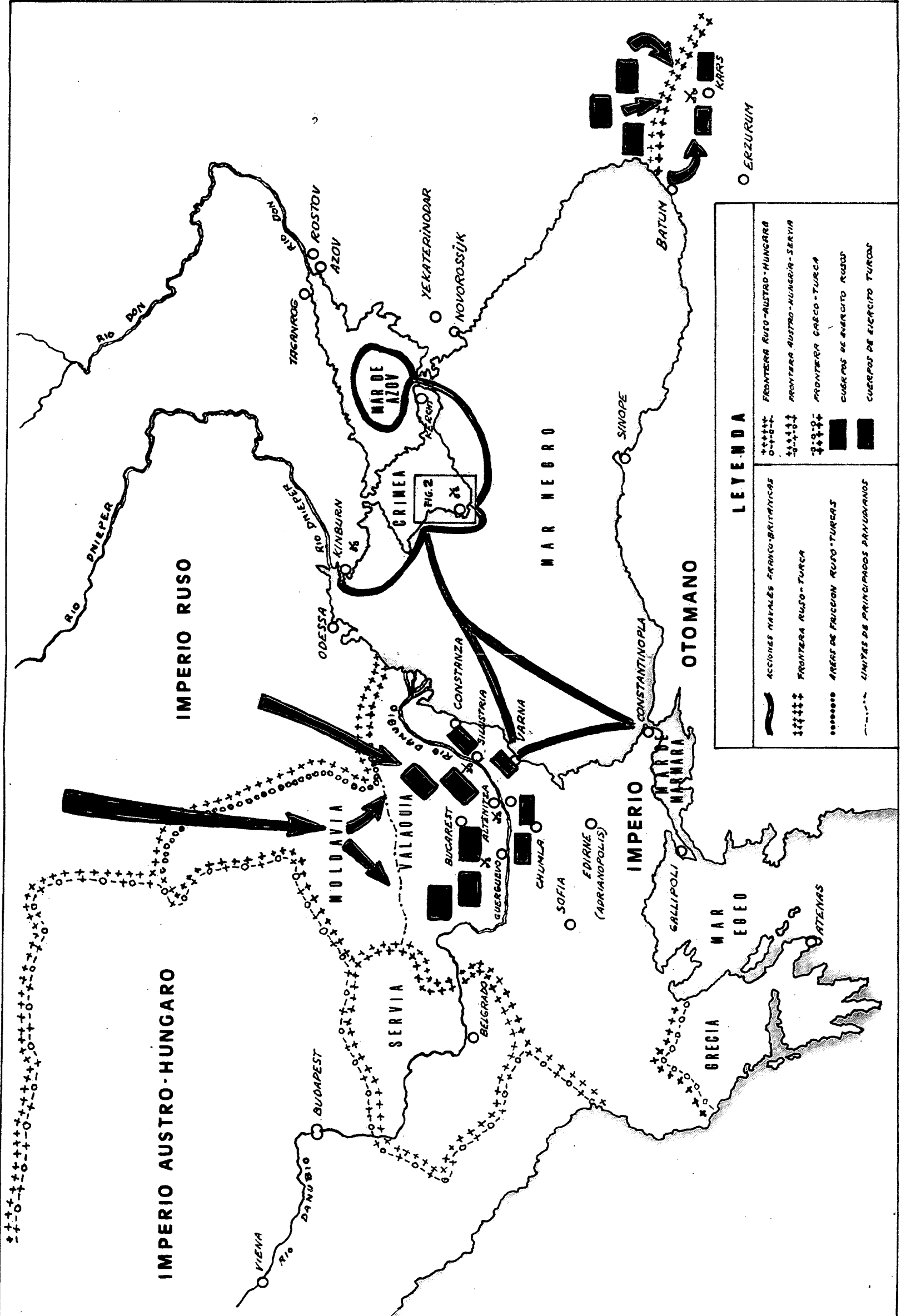
Mientras los franceses nos hacían la corte e incluso nos señalaban la dote —plenas garantías en Ultramar— nuestra impasibilidad seguía su eterna trayectoria de leyenda y los ingleses, siempre pragmáticos, pensaban en España de un modo más directo y realista. Y así, nuestro representante en Londres, Juan Comyn, hacía llegar por correo urgente (21 de junio de 1854) al ministerio de Estado el «*placet*» para dos representantes de S.M. muy peculiares: los coroneles W. Kinloch y A. Barrie, quienes «*auxiliados por un comisario de guerra y un veterinario, llegarán a esa Corte con objeto de comprar mulas para el servicio del Ejército inglés que marcha a Oriente*» (18).

Por su parte, Austria, la última gran potencia en definirse, se había adherido a la Alianza franco-británica, aunque sin comprometerse en los planes de guerra aliados. Esto, observado por Rusia, permitió el despliegue de importantes fuerzas rusas hacia el teatro de operaciones de la Crimea, visto que delante de Viena nada había que temer. Mientras el anciano general Jomeini, ese alma paralela de Napoleón y aún en servicio activo en el Ejército del Zar, insistía en San Petersburgo a quien quisiera escucharle que «*era el momento de lanzar diez divisiones hacia el palacio de Schoemmburn (residencia de los monarcas austrohúngaros) y otras ocho hacia el de Postdam (en Berlín)*», el Zar decidió ser prudente hacia el Oeste mientras desplazaba el Cuerpo de Ejército enfocado hacia Viena y lo hacía girar sobre la península de Crimea. Todo ello preocupó a los estados mayores aliados, que solicitaron nuevos refuerzos, y de ahí la premura de acelerar los preparativos militares del joven reino de Piamonte con un Ejército de 15.000 hombres y las nuevas solicitudes por vía diplomática sobre España para la concepción y puesta a punto de un Cuerpo expedicionario equivalente. El momento de máxima tensión se alcanzaría meses después, pero ahora, en el verano que agoniza y frente al indeciso invierno en Crimea, nuevos españoles se encaminan hacia Oriente: son los voluntarios de la Legión Extranjera de Francia.

BANDERAS EN LA ARENA Y EN EL ALMA

Los aliados no es que estuviesen precisamente confiados entre sí y los recelos arrancaban ya desde los comienzos del invierno, tal y como el perspicaz Quiñones de León comunicaba a Madrid desde

(18) La Comisión inglesa de los coroneles Barrie y Kintloch parece ser que intentaba embarcar en los puertos del Levante español una considerable partida de al menos 2.000 mulos, pero su pista se pierde luego de su llegada a la capital en el verano de 1855.



LEYENDA

<ul style="list-style-type: none"> ---+--- ACCIONES NAVALES FRANCO-BRITANICAS +++++ FRONTERA RUSO-AUSTRO-HUNGARA +++++ FRONTERA AUSTRO-HUNGARIA-SERVIA +++++ FRONTERA RUSO-TURCA +++++ FRONTERA CASACA-TURCA ●●●●● AREAS DE FRICCION RUSSO-TURCAS ----- LIMITES DE PRINCIPADOS DANUBIANDOS 	<ul style="list-style-type: none"> ○ ERZURUM ■ CUERPOS DE EJERCITO RUSSOS ■ CUERPOS DE EJERCITO TURCOS
---	---

París (19): «A la falta preocupante de cosechas de un invierno terrible y de la necesidad que se supone de un empréstito de 200 millones de francos oro si la guerra estallase, se une el descontento y recelo con que se mira por muchos en esta capital una alianza con Gran Bretaña, de la cual ésta sacaría más que probablemente los mejores provechos y pocos riesgos». Pero las tiritonas y desconfianzas de enero se deshicieron pronto ante el oleaje aún cálido de las playas de Eupatoria. Desde el navío almirante de la flota (20), el «*Ville de Paris*» una chalupa se adelanta a todas las embarcaciones con un hombre pequeño erguido en su popa y sosteniendo una bandera. Es el general Canrobert, quien saltará el primero, clavando con fuerza en la arena el simbolismo de 30.000 hombres. Hacía entonces 42 años que otro 14 de septiembre Napoleón entraba en Moscú, y así es recordado por todos. Pero los franceses, que siempre tienen memoria para la gloria, olvidan a menudo el precio de ella. En cuanto a los ingleses, más flemáticos, se limitan a fumar mientras los primeros caballos son echados al agua. Los franceses, que apenas tienen caballería, miran con envidia la brillante uniformología y suficiencia de aquellos regimientos que pronto comprenderán el significado de la guerra en Balaklava. Su jefe, Sir James-Henry Sommerset Fitzroy, Lord Raglan, fija elegantemente al pecho la manga vacía de su brazo derecho —que creará la moda de su nombre— perdido en la colina de San Juan (Waterloo) 39 años atrás y también caballero de la insigne Orden de San Fernando (por sus acciones en las campañas peninsulares con el duque de Wellington), pasa sin desviar la mirada ante varios cuadros aparte, quienes, menos vistosos pero disciplinados, colocan en apretados haces sus nuevos fusiles Minié —que serán la puntilla a larga distancia para las formaciones rusas— mientras hablan en voz muy alta alrededor de los primeros fuegos de campamento: son los hombres del Primer Regimiento Extranjero de la Legión.

Entre ellos dominan los castellanos, pero hay también un fuerte porcentaje de catalanes, aragoneses, navarros y ya menos vizcaínos

(19) Sobre los recelos permanentes entre Francia e Inglaterra al principio del conflicto, los despachos de nuestro embajador en París, Quiñones de León, y especialmente el fechado a 25 de enero de 1854. Archivo de Exteriores. Legajo núm. 1.505.

(20) El desembarco de Eupatoria fue la mayor operación anfibia del siglo XIX. 306 grandes buques (224 transportes y 82 buques de guerra), de los que 32 navíos (15 franceses, 10 ingleses y 7 turcos) componían la flota de batalla. La 1.^a división francesa —donde se encontraba la Legión— embarcó el 1 de septiembre en Varna, en 13 buques, entre ellos el navío insignia «*Ville de Paris*», que transportaba 700 hombres de infantería. La división se componía de siete generales —más el mariscal de Saint-Arnaud y su Cuartel General (otros 27 jefes y oficiales de E.M.)— con 20 jefes y 234 oficiales, junto a 6.800 hombres de tropa, distribuidos en 10 batallones.

o andaluces. Algunos son veteranos de Argelia (acciones de Orán y Constantina), donde tuvieron al propio Canrobert como jefe (había sido coronel de la Legión en 1850), pero sobre todo son supervivientes de las terribles marchas y contramarchas de nuestra guerra en el Norte o en el Maestrazgo (guerras de los Siete años y «*d'els matiners*»). Muchos rondan las cuarentena, y han sido oficiales de la Legión por méritos de guerra o al mando de unidades carlistas y simples soldados ahora (21). La patria está más lejos que nunca pero el ánimo sigue imbatido. Algunos han redactado —por medio de la embajada de España en París— insistentes peticiones de indultos para volver a casa. Muchos lo han alcanzado y ya no están con ellos. Otros han recibido negativas o el silencio simplemente. La guerra de Oriente les facilitará el salir de la trampa de la soledad más que de la pobreza.

El número de españoles que servían bajo la bandera tricolor, apenas año y medio de terminada la guerra de los Siete Años era, lógicamente, muy elevado: 1.460 voluntarios, muchos de ellos an-

(21) Son numerosas en la época las peticiones de indultos (sobre antiguos desertores) o de solicitud de licencias (por soldados y oficiales carlistas) intentando el regreso. A veces, algunos apellidos coinciden, como el de Vicente Tomás, natural de Hiedalaencina (Guadalajara), que solicita licencia para «regresar a su hogar y visitar a sus padres, que sabe se encuentran solos y muy mal de salud. «Un Vicente Tomás figura en la relación de O'Ryan y Villalón como muerto a consecuencia de las heridas sufridas en combate frente a Sebastopol, y un Antonio Pérez, «sargento que fue en la columna del cabecilla Gómez, suplica una vez más el acogerse a la amnistía otorgada por S.M. (q.D.g.) y pasar a su lugar de nacimiento, en Arnedo (Logroño), para reunirse con su familia, que está desamparada. «Un Antonio Pérez figura como muerto en acción de guerra frente a Sebastopol. La dificultad estriba en que es rarísimo el hecho de que estos voluntarios —o peticionarios españoles— figuren con los dos apellidos. En la relación incompleta detallada por Villalón y O'Ryan son sólo tres los voluntarios que así figuran: José Sánchez Rubio (herido de tiro de fusil en una pierna frente a Sebastopol y evacuado), Rodolfo Llopis Palacios (muerto en acción) y Francisco Badía y Roca, que concluyó a salvo el famoso sitio —diluyéndose así las posibilidades de interrelacionarlos con archivos españoles o franceses. El único voluntario del que hemos encontrado confirmación de su fallecimiento en Crimea por documentos consulares es el de Antonio Fernández —siempre sin el segundo apellido— por medio de nuestra legación en Constantinopla, y en un despacho fechado a 22 de marzo de 1855 y que dice así: «Tengo la honra de pasar adjunta a manos de V.E. la partida de defunción de Antonio Fernández, natural de Maizú, hijo de Silvestre y de M.^a Bustamante, soldado del Primer Regimiento, 1.^{er} Batallón, de la Legión Extranjera al servicio de la Francia, y que ha fallecido en Crimea el día 27 de septiembre del año último (la partida llega, pues, con medio año de diferencia). Según podrá V.E. enterarse, si gusta, por el billete también anexo que he recibido en unión de dicho documento, el difunto no ha dejado ni dinero ni efectos de ninguna especie. Dios guarde a V.E. firmado: Gerardo de Souza. «De Antonio Fernández sabemos que murió frente al enemigo en Sebastopol, según la relación de Villalón y O'Ryan: Archivo de Exteriores. Legajo núm. 1.773.

tiguos oficiales de las fuerzas de Don Carlos. Pero a partir de 1841 y luego de fracasada la revuelta de los moderados de ese mismo año (fiasco de Concha y Diego de León el 7 de octubre ante la famosa escalera de Palacio defendida por los alabarderos de Dulce) y luego de abiertas débilmente las posibilidades de retorno a la patria, junto a los fallecimientos y los finales naturales por alistamientos no renovados, el número disminuyó rápidamente, hasta situarse ligeramente por encima de los 400 voluntarios en los momentos críticos de las convulsiones de 1848 en Europa, y que acabaría en Francia con la monarquía de Luis Felipe. Las continuas crisis políticas españolas elevarían el nivel de exiliados, y así puede estimarse —siguiendo una media ponderada entre los datos ofrecidos por Villalón y O’Ryan y los efectivos de la Legión— que un número próximo a los 800 españoles embarcaron en buques franceses y tomaron luego posiciones frente a las alturas que dominan el río Alma y desde la que —formidable posición defensiva— quince baterías (45 piezas) rusas aguardaban a los aliados.

Al amanecer del día 20 de septiembre, los centinelas perciben un extraño temblor de sonidos por encima de las avanzadillas rusas. Parecen cánticos. Y poco después, en la tenue luz del alba, dos largas hileras de figuras negras, cruz en alto, se dividían y caminaban a lo largo de todas las líneas rusas, que les aguardaban de rodillas, cabeza inclinada. La artillería de ambos bandos, que fijaba ya sus áreas de tiro, enmudeció ante el imponente espectáculo. Concluidos los salmos de sus popes, los 41.000 hombres de Menshikoff se incorporaron para vencer o morir. Será una pugna terrible en la que las formaciones rusas cargarán hasta menos de cien metros de las baterías galas para ser allí masacradas. Heroísmo y voluntad de sacrificio que demostrarán los escoceses de Campbell, al cruzar el extremo «*glacis*» barrido por el fuego de los cañones rusos en las alturas. Igualados en valor y abnegación, doblegará al contrario el mejor dirigido. Finalmente, la sangre fría de los británicos decide la batalla al conjuntarse con la decidida progresión de las divisiones 1.^a y 2.^a francesas. En la primera, y bayonetas apuntando ya a la cima, sube la Legión y con ella nuestros voluntarios. Es el Primer Regimiento de nuevo (formado en 1841), y al mando del coronel Vienot, mientras el Segundo (coronel De Capez), lo hace más rezagado. El mariscal de Saint-Arnaud, al ver los cuadros de la Legión estrechar filas bajo la metralla rusa, les grita admirado «¡*Dignos hijos de Austerlitz!*!». En cualquier caso, españoles hijos de Zaragoza, Bailén o San Marcial, los

voluntarios hispanos —que sufren allí sus primeras bajas (22)— desbaratan con furia incontenible la primera línea de defensa rusa y son sólo sobrepasados por los bravos zuavos en el último acto a pecho descubierto en la cima. Juntos, legionarios y zuavos, se aferran a artilleros y fusileros rusos en una lucha sin vacilaciones, que les llevará a la victoria sobre un campo repentinamente sembrado de cadáveres.

El triunfo brillante de Alma (23) permite a los aliados alcanzar por fin Sebastopol el 23 de septiembre. Un espectáculo grandioso surge entonces frente al Ejército invasor. Rodeada de sus fuertes y murallas, la formidable flota rusa en la lejanía (108 buques de guerra con 2.200 piezas de artillería), Sebastopol se ofrece como una nueva Jerusalén a los cruzados de Occidente. Pero a su alrededor no hay sino ruinas: pueblos incendiados, pozos contaminados con cadáveres de animales, árboles talados y cultivos arrasados. Es una repetición de las panorámicas de «*tierra quemada*» impuestas ya por los rusos en 1812, y aprendidas de la feroz determinación hispana de 1808 ante la doblez y barbarie napoleónica. Ha llegado el invierno sin transición y, con él, los rutilantes uniformes desaparecen paulatinamente. La creencia generalizada es la de que todos estarán en casa para Navidad, menos en los cuadros españoles, donde domina una hosca determinación, acostumbrados a penalidades y poco crédulos de fantasías victoriosas.

(22) No hemos encontrado una relación precisa de las bajas de la Legión en la batalla de Alma, pero por los datos de Villalón y O'Ryan figura el nombre de José Ron como caído en esta acción, aunque sin duda fueron más. Las bajas totales de la Legión Extranjera en Crimea ascendieron a un total de 434 muertos y desaparecidos. Por tanto, de los españoles identificados hasta ahora, estos supusieron un 25 por 100 como mínimo de ese total. La Legión Extranjera estuvo en España durante la guerra de los Siete Años (campanas de 1835 a 1839). A sus dos primeros jefes, Bernelly y Lebean, les sucedió el mariscal Conrad, que moriría en el asalto a Barbastro del 2 de junio de 1837. Sus bajas en España fueron casi el triple de las sufridas en Crimea: 1.103 muertos y desaparecidos (28 oficiales, 98 suboficiales y 977 individuos de tropa). Una anterior «Legión Francesa» actuó en España, formada de 4.000 voluntarios legitimistas a las órdenes del duque de Saint-Simón —que era también grande de España—, con motivo de la Guerra de los Pirineos (1793-1795) entre la monarquía española y la Convención francesa.

(23) Los rusos sufrieron el mayor número de muertos en Alma: 1.300, por casi 4.000 prisioneros (lo que enfureció al zar, pues «sólo» 500 de ellos estaban heridos). Las bajas inglesas alcanzarían los 900 muertos y 2.100 heridos. Por su parte, los franceses tendrían 350 muertos y otros 1.300 heridos. Ante la rápida descomposición de los cadáveres en la mañana del 21 de septiembre, se optó por cubrir los montones de cuerpos con tierra y piedras, dejando encima sus uniformes como identificación, mientras el Ejército franco-británico emprendía la marcha hacia Sebastopol y los primeros enfermos del cólera (160 ya cada día) comenzaban a abarrotar los hospitales de campaña en Pera y Scutari.

Considerado inviable un ataque por sorpresa, las primeras trincheras cubren la tierra de Crimea de nuevas cicatrices, a la espera de heridas aún peores. Con los inesperados silbidos de bombas y metralla, la victoria de Alma parece una fábula irrepetible y vieja como el mundo. Para los españoles, que no tienen más casa que la amistad entre ellos mismos en el Ejército galo, la perspectiva de una lucha larga y cruenta es admitida estoica pero no entristecidamente. Desde su larga memoria de sufrimientos y decepciones, debieron ser los únicos en encajar impávidos los desastres que traería aquel interminable invierno frente al Mar Negro.

DE LA GLORIA A LA MISERIA

Sebastopol rodeado, sólo hay una obsesión: dominar el puerto de Balaklava, base fundamental para los aprovisionamientos aliados. Reducida una simbólica resistencia del esqueleto de un batallón griego (80 hombres), los aliados admiran desconfiados su conquista: una ensenada angosta pero tranquila, rodeada de colinas rocosas y donde un árbol es simple espejismo. Allí van a vivir y morir durante los próximos 18 meses. Ese mismo día 26, el mariscal de Saint-Arnaud fallece víctima del cólera, un mal que corroerá hasta el hueso la voluntad franco-británica.

Balaklava será el sinónimo de desastre para la caballería británica. Es la orden apresurada del brigadier Ayrey, la obsesión del capitán Nolan, las dudas de Lord Lucan y la repentina decisión de Lord Cardigan, lanzando su Brigada Ligera contra los cañones rusos de Jabrotirsky, en el fondo de saco del valle de Balaklava. Gritos al sol y lanzas al frente, aquellos cinco regimientos (24) pasaron en minutos de la belleza uniformada a la gloria inmortal. Comenzados los trabajos de asedio y cerrado el anillo el 3 de octubre, rusos y franco-británicos se vigilan desde murallones de tierra, aglomeraciones de cestones y puntilleados de sacos terreros que se alargan y elevan sin cesar. El Ejército francés, del que la Legión es un poco como el «hermano pobre», se arremanga cha-

(24) Reducidos al mínimo los regimientos de caballería británicos, los cinco que tomaron parte en la acción (cuatro de húsares y uno de lanceros, el 17th, que sufrió un 60 por 100 de bajas), eran simples escuadrones. Los «seiscientos» de la fama eran en realidad 673. Sólo 187 de ellos retornaron al principio (muchos de ellos dos a dos en los pocos caballos que quedaban), cuando eran poco más de las cuatro de la tarde. Se consideró entonces absoluta la masacre, pero antes de ponerse el sol llegaron los últimos rezagados y contusos, a los que los rusos no molestaron, estableciéndose finalmente un cómputo de 113 muertos y 134 heridos.

rreteras y grados. Oficiales y legionarios españoles cavan y cavan, mientras los ingleses, distantes y confiados, piensan no mancharse las manos y que su flota «terminará honorablemente el asunto». A las 11,50 del 17 de octubre, una señal se iza en el «*Ville de Paris*» (su comandante, Rigault de Genouilly, será luego uno de los jefes franceses de la expedición a Cochinchina y tendrá una estrecha amistad con nuestro compatriota Luis Escario desde su encuentro en Crimea): «*Francia entera os contempla*». Pero Sebastopol no son las pirámides y las grandes frases sirven de bien poco frente a los 347 cañones de los fuertes Alejandro, Nicolás y Constantino, más de 45.000 proyectiles disparados por los aliados tan sólo sirven para demostrar a los rusos la ventaja de su posición. Numerosos navíos franco-británicos alcanzados (495 bajas), la marina comprende el absurdo y no volverá a intentarlo. Sebastopol será conquistado por tierra.

Mientras los aliados establecen el bloqueo naval, los rusos demantelan su flota, ante la desesperación de su jefe, almirante Korniloff, que pretende una salida suicida y utilizar cada buque como un brulote contra cada navío enemigo, como en los viejos tiempos de Tromp y De Ruyter. Menschikof le responde ordenándole el hundimiento de cinco fragatas en la barra del puerto y el desembarque de sus mejores hombres: 2.000 cañones son dirigidos a tierra y 18.000 marinos se convierten en zapadores. Un joven coronel del Danubio, V. Todtleben, se convierte en el cerebro de la defensa. En diez días y once noches levantará una doble línea de resistencia. Una torre baja y panzuda, de aspecto amenazante y artillada poderosamente (48 piezas), es su obra maestra: la torre de Malakoff. Su nombre será sinónimo de muerte.

Cuando los cañones aliados abren fuego por baterías cerradas, se piensa que sus 126 piezas reventarán los improvisados terraplenes y parapetos de Sebastopol. Un rugido masivo les responde: 350 piezas rusas descargan andanada tras andanada sobre las líneas franco-británicas. El otoño se presenta temible en Crimea.

Un cuerpo especial se crea: son los «*franc-tireurs*» del general Forey, quien escoge de aquí y de allá los tiradores de élite y de probada sangre fría. Se alistan zuavos y legionarios principalmente. Veteranos de Argelia y Vasconia, muchos creerán sentirse ante un nuevo y descomunal sitio de Bilbao. Auténticos topos, el grupo seleccionado (250 hombres), se distribuye sigilosamente por el perímetro del frente. Al apuntar el día, los artilleros rusos caen fulminados en cuanto se aproximan a sus piezas, incluso cuando in-

tentan en vano protegerse por recios manteletes de sogas y colchones que recorren luego rápidamente para abrir fuego. Consiguen disparar, pero al precio de varios camaradas muertos. Desesperados los rusos, levantarán las cureñas para descargar a bocajarro furiosos metrallazos que nada consiguen. Entonces saltarán los parapetos, para enzarzarse todos en un cuerpo a cuerpo del que nadie sale victorioso. Se respetan los heridos, pero estos son tan escasos como los períodos de calma.

Sufridos artilleros, pero aún más esforzados zapadores, los rusos exigen más municiones a sus largas líneas de aprovisionamiento. Sólo en las tres primeras semanas de sitio consumirán 800.000 kilogramos de pólvora y 2.500 toneladas de proyectiles. El volcán de Sebastopol no se apaga nunca, y mientras los aliados refuerzan sus parques de artillería (serán 381 piezas inglesas y otras 625 francesas al final del asedio), los rusos intentan una salida decisiva que les libere de un encierro que presienten agónico: es el 5 de noviembre en el puente de Inkermman.

A las cuatro de la madrugada, las campanas redoblan en la ciudad sitiada. Los popes pasan entre las filas de los 45.000 hombres de Dannenberg, el general fracasado ante Oltenitza, y de Semoinoff, un bravo jefe respetado y legendario. Pronto, un gemir de cientos de ruedas sube por encima de las colinas dormidas. Los centinelas ingleses creen que se trata de nuevos convoyes de amunicionamiento, pero son los cañones del general Timoieff, que disparan a cero sobre las tiendas británicas. Se producirá un choque brutal y confuso que degenerará en una batalla encarnizada (25), que concluirá a las once de la mañana, cuando los rusos, perdidos el espíritu y la cabeza (Semoinoff ha muerto y Timoieff está gravemente herido), ceden ante los esfuerzos franceses de Bosquet, Bourbaki y Forey, legionarios y voluntarios españoles se hallan siempre entre los primeros.

En la caótica meseta de Inkermman, desbordados los escasos equipos médicos, una triste figura reclinada sobre un armón volcado se lamenta: «*Todos mis amigos han muerto... y yo estoy vivo. Por Dios, que no es mi culpa*». Es S.A.R. el duque de Cambridge, primo de la reina Victoria. A la mañana siguiente, considerado que *tiene el cerebro trastornado*, es embarcado urgentemente en el

(25) Las pérdidas aliadas fueron considerables: 1.720 bajas los franceses y 2.510 los ingleses (entre ellos, muertos sus generales Cathcart, Strangways y Goldie), mientras los rusos lamentaban la pérdida de 2.969 muertos y otros 5.791 heridos, según los datos de Villalón y O'Ryan.

«*Britannia*», rumbo a la patria. Con él llegan las verdades. Mientras el duque de Newcastle (ministro de la Guerra) alardea en Buckingham que «*cada hombre dispone como poco de varias camisas de franela*», los informes contrarios se suceden (Gerardo de Souza informará a Madrid —y será luego contrastado en Londres— que «*los enfermos del cólera son tantos, más de 7.000, que ha sido requisado el palacio de la embajada rusa, aquí en Constantinopla, y otro más pequeño que tenía el embajador en el campo para acondicionarlos como hospitales improvisados, pero en condiciones deplorables*»). Confundida y angustiada, la reina Victoria escribirá en su diario: «*Qué época tan terrible, nunca pensé que viviría para ver y sufrir todo esto*». Pero la llegada del severo general Bentlick supone el golpe final, pues lo de menos es que dijese claramente en palacio que «*Señores, Sebastopol no caerá de ningún modo este año*», sino de que se atreviese a decir a su Reina: «*Señora, el Ejército de S.M. está en verdad muy sucio*». Cuando el general Bentlick y Lord Paget, que le acompañaba, volvieron a Crimea con nuevos refuerzos, se supo entonces que les había sido retirado no ya el saludo, sino negado el acceso en varios clubs londinenses. «*Una cosa es morir entre piojos y otra, muy distinta, tener el mal gusto de recordárselo a todos. Los ingleses soportarán estoicos cualquier derrota, pero jamás tolerarán la miseria*».

LOS PUÑOS SE CIERRAN Y MADRID SE ENCOGE

La guerra se había quitado su máscara triunfante y ahora sólo quedaban muecas. Pero ni ingleses ni franceses estaban dispuestos a vacilar y así, el despacho de Tomás de Ligués y Bandají —entonces al cargo de nuestra representación en París— era bien significativo al relatar sus impresiones con Drouyn de Lhuys: «*... y ha insistido en que, cueste lo que cueste, y acontezca lo que quiera, las tropas anglo-francesas permanecerán en la Crimea hasta que no quede piedra sobre piedra en Sebastopol*». Y añadía Ligués: «*... pero ayer noche, con ocasión de haberme invitado a su casa, el señor ministro fue aún más explícito, diciéndome con fuerza que si no bastan tres meses, emplearemos tres años; y si no bastan cien mil hombres, enviaremos trescientos mil, y aunque sea necesario gastar hasta la última moneda de los Tesoros de la Francia y la Inglaterra, estamos resueltos a herir en el corazón al Imperio Ruso, y así puede Vd. creerlo sin duda alguna*» (26).

(26) Archivo de Exteriores. Legajo núm. 1.506.

Estas afirmaciones producían en la conciencia de terceros el efecto contrario, pues en Madrid se destacaba entonces la necesidad de mantenerse al margen de semejante delirio político y militar. En toda Europa —y en España también— se valoraba exageradamente la potencia rusa, y aunque las fuerzas aliadas le habían asestado un duro golpe en su orgullo con la ocupación de la fortaleza de Bomarsund (27), aún se preveía un avance masivo de los rusos sobre Prusia e incluso hasta el Rhin, cuando en realidad el Zar temía precisamente lo contrario de los aliados hacia Smolensko o incluso San Petersburgo.

A las humaredas de julio de 1854 les quedaban tan sólo dos años para repetirse (sublevación de la Milicia Nacional del 14 de julio de 1856), Habían ardido los palacios de la reina M.^a Cristina, del conde de San Luis, del omnipresente duque de Riánsares y del escondido marqués de Salamanca. Nadie quería más aventuras aunque los fogonazos fuesen bien lejos. Desde luego que se admiraba en silencio el ejemplo tenaz de Cavour en Piamonte, al acelerar los preparativos de un Cuerpo expedicionario de 15.000 hombres (28), por el que Italia alcanzaría nuevamente el rango de primera potencia por encima de la vigilancia austríaca, el recelo de los Estados Pontificios, y la propia intranquilidad española al respecto, dada nuestra tradicional dependencia sentimental con la Santa Sede. Eligióse el silencio como mejor política, y así no hubo ninguna víctima, excepto el futuro colonial.

Sin embargo, ante el ejemplo sardo, concibióse por algunos círculos políticos la posibilidad de una intervención española, e incluso se sugirió el nombre del general que llevase el mando de las fuerzas: el limeño Juan de Zavala y de la Puente, que entonces contaba con 49 años y una notable experiencia como militar y político (había intervenido en las negociaciones preliminares del

(27) La ocupación de la hasta entonces considerada inexpugnable fortaleza de Bomarsund (en el fondo de la bahía de Lumpar, en el Báltico), por una flota aliada y un Cuerpo de desembarco galo (16 de julio de 1854), así como la posterior demolición de todos sus baluartes, generó un optimismo equívoco en relación al desembarco en Crimea y sobre el objetivo final de Sebastopol.

(28) La expedición llegaría a sumar un total de 20.635 personas embarcadas entre personal civil y militar (tan sólo el Servicio Sanitario y Religioso comprendía 502 personas). Las dos divisiones (tenientes generales Giovanni Durando y Alessandro Ferrero de La Mármora), se subdividían en cuatro brigadas con 20 batallones, dos de ellos de «Bersaglieri», más la división de Reserva (mayor general A. Ansaldi), con una quinta brigada (7 batallones) más la brigada de artillería de Reserva y un regimiento de caballería. En total, 27 batallones, 5 escuadrones y 82 piezas de artillería.

Convenio de Vergara). Pero el gobierno tenía mayores preocupaciones —ruina insostenible del Tesoro y progresivas amenazas legitimistas— y pese al progresismo liberal de Espartero y sus notorias influencias y amistades en Francia e Inglaterra —donde era una figura sumamente prestigiada—, la sensatez animosa de O'Donnell y la calculada perspectiva de Zavala sujetaron firmemente las tensiones exteriores. Había un espíritu generalizado de solidaridad hacia el occidente liberal, pero una clarísima definición de las posibilidades españolas. España no podría desprenderse de su notorio lastre interior, y toda su política de relaciones internacionales quedaría así finalmente marcada.

POR EL FRIO Y POR EL FUEGO

En Sebastopol, el invierno y los cañones aprietan por igual. Los ingleses empiezan a dominar con la precisión de su artillería, pero los rusos responden con sus piezas pesadas de a 68, que lanzan proyectiles de 50 kilogramos. El monstruo, orientado por unas pequeñas hélices, pasa como una locomotora aérea por encima de las líneas aliadas y algunas veces estalla en ellas con tremendo impacto. Las bombas rusas con mecha son los «*gatos persa*», por sus característicos «*Siou-Siou*», mientras al proyectil que está a punto de arrancar la cabeza del imprudente que se «*duerme*» mirando por encima del parapeto, se le conoce como el «*peluquero*». Los rusos disparan balas de cinco puntas, que silban melodiosamente: son los «*periquitos*», de picotazo mortal, cuyas heridas requieren a menudo la amputación inmediata. Los ingleses responden con las andanadas demoledoras de sus «*Lancaster-Rifled Guns*» de a 68 también, que pulverizan las defensas rusas. Pero lo que los aliados destrozan por el día, los incansables rusos lo reconstruyen por la noche.

El goteo de bajas en las líneas es impresionante (la media de pérdidas en el Ejército francés superará las 1.200 por día durante el asedio). La Legión, buena para cualquier «*asunto desagradable y de pocas esperanzas*», como lo reconocerán los oficiales superiores galos, es el Oliver Twist de Sebastopol pero sin final feliz. Pobres de solemnidad en un Ejército que adora las fanfarrias y se tiene por hermano mayor de la «*Grande Armée*», los legionarios, por aquello de ser de «*otro país*», se las deben de arreglar como buenamente pueden para sobrevivir. Descalzos y hambrientos —aunque en esto último las diferencias sean menores con el resto de las unidades— los hombres de la Legión envidian a los infantes rusos por sus soberbias botas altas de cuero negro. Re-

sultado: después de cada salida rechazada, dos o tres parejas de voluntarios hispanos saltan a cuerpo limpio las trincheras y descalzan los muertos que ya nada sufren. Son los «zapateros», que se encargan así de aprovisionar a sus compañeros, quienes les protegen con descargas cerradas.

FELIZ AÑO NUEVO

El invierno ruso no reconoce púrpuras ni dignidades y el 27 de febrero en San Petersburgo, Nicolás I, con un frío de 15° bajo cero, se empeña en pasar revista al famoso regimiento «*Atamaski*» de la Guardia. A su vuelta, es la consternación. De salud frágil (padecía del hígado y de un serio reumatismo) la parálisis pulmonar precipita el fin. Es el 3 de marzo y mediodía. Ingleses y franceses esperan un cambio que les permita salir del agujero negro de Sebastopol, mientras los piemonteses, que aprestan sus tropas desde el 1 de febrero, calculan si no tendrán que deshacerlo todo y quedarse en tierra. Pero la proclama de Alejandro II no deja lugar a dudas («*Con la ayuda de la Providencia yo os aliento a la victoria y exterminio de nuestros enemigos*») y la pausa diplomática se hunde de nuevo en el lodazal de Crimea.

La guerra continúa. Pese a las dificultades de sus líneas de abastecimientos los rusos acarrean refuerzos y pronto superan los 170.000 hombres (contra 60.000 franceses y 28.000 ingleses). Inexplicablemente, ahora que tienen la superioridad numérica, los rusos permanecen arma al brazo, obsesionados con cavar y cavar cada vez más hondo. En cuanto a los turcos de Omer-Bajá, el buen amigo de Prim y los españoles, nadie sabe muy bien si son treinta o cuarenta mil. Omer-Bajá no es el mismo de la campaña del Danubio, no se encuentra bien físicamente y la amabilidad displicente con que le tratan los generales aliados le recuerda cada día que está allí de «*prestado*». En consecuencia, los turcos se desentienden paulatinamente, mientras sus servicios de intendencia, siempre precarios, hacen crisis total y todo el Ejército se desliza hacia el olvido y la resignación. Lo único que funciona a la perfección son las cuentas que se refieren a los caballos. Cada vez que un animal muere— incluso en acción— un ayudante tiene que ir a cortarle las orejas y llevarlas luego al campamento, para depositarlas en la mesa del Comisario General de la Caballería del Sultán, quien, con toda seriedad, extiende un meticuloso recibo. Y los supervivientes de Balaklava mueren también. Los ingleses tienen sólo 600 jinetes con montura—para trece regimientos—pero siempre que no se les pida cosas imposibles, pues la mayoría

están enfermos. La penuria de piensos es tal que los pobres animales se comen recíprocamente sus crines, devoran sus colas e incluso acaban devorando los bocados de cuero.

Los aliados vuelven sus ojos buscando ayuda. Y ésta llega desde el mar una vez más: es el Cuerpo sardo del teniente general La Mármora, embarcados en Génova el 14 de abril. Los 27 batallones piemonteses (cinco de ellos de «*Bersaglieri*») causan sensación por su porte y disciplina. La llegada del Ejército de Víctor Manuel (6 de mayo) al teatro de operaciones, con todo lo que eso suponía de prestigio, provocó más dudas y vacilaciones en Madrid. Legionarios españoles e infantes piemonteses imaginamos que simpatizarían bien pronto, dadas las notables afinidades de lengua y carácter que ambos pueblos comparten. En cualquier caso, los magníficos uniformes de Italia empezaron rápidamente a deteriorarse y pocas semanas después ya no había distinciones frente al sufrimiento. Los legionarios volvieron a su pugna feroz con artilleros y fusileros rusos, mientras los italianos, en un ángulo más tranquilo y alejado del dédalo de trincheras y baluartes centrales, se acostumbraban a vivir y morir «*a distancia*». Los italianos probarán su valor en los rocas de Traktir, pero aún quedaba por delante todo un largo y cruento verano para sobrevivir frente a Sebastopol.

La primavera, comenzaba con furia (el famoso bombardeo de «*los once días*», del 8 al 19 de abril, en el que 493 piezas aliadas disparan 35.000 proyectiles sobre Sebastopol, que, sin embargo, resiste todos los ataques de infantería), agoniza cada tarde sobre una cúpula negruzca surcada por los cientos de trayectorias rojizas de los proyectiles de uno y otro bando. Solos en sus trincheras, los voluntarios españoles no tienen más cobijo que los ojos del compañero antes de saltar afuera en el segundo siguiente del todo o nada. Ninguna noticia de España.

RELEVO Y SEGUNDO ASALTO

A finales de 1854 (R. O. del 22 de noviembre), habían sido comisionados para «*asistir a las operaciones del sitio puesto a Sebastopol*», el coronel graduado capitán de Artillería, Manuel Pereira y Abascal, marqués de la Concordia del Perú, y el comandante graduado, teniente de la misma arma, José López y Domínguez. Fueron, pues, los primeros en recoger la antorcha de Prim y los suyos

Mientras Pereira y López Domínguez se presentaban al cuartel general del general Pélistier, salía ilusionado de Madrid el teniente Villalón, que haría el viaje vía Marsella en compañía del teniente de Artillería, Ramón Fernández de Córdoba. La llegada a Constantinopla (20 de abril), les pone en contacto con Gerardo de Souza. Caminantes más que jinetes ambos oficiales —los caballos seguían siendo pésimos y difícilísimos de encontrar— en su larga marcha hacia el frente siguen las huellas de Prim, mientras ótra R. O. (2 de mayo de 1855) disponía que un segundo oficial de Ingenieros, en esta ocasión Tomás O’Ryan y Vázquez, pasara al teatro de operaciones de la Crimea. Largos los permisos y preparativos, O’Ryan no llegará a Constantinopla hasta el 14 de julio, según comunicación de Souza al ministerio de Estado (29). Ya rondando agosto se incorporaban los últimos: José Lagunero y Guijarro, capitán de caballería, y el también capitán José María Murga y Mugartegui, quien seguiría el sitio de Sebastopol hasta el final.

Frente a la panorámica de un Sebastopol permanentemente cubierto por el humo y las explosiones, nuestros oficiales se unieron en solicitar permiso de acampada en el cuartel general de Canrobert y Pélistier, quienes les recibieron con agrado. A un nivel distinto de comunicación, pero siempre corteses, responderían los generales ingleses Simpson y Codrington. La vida en las tiendas no era nada buena, y era preferible el espacio exterior, pese a tener que recorrer el convulsionado perímetro del frente (entonces ya más de 20 kilómetros). Por entre trincheras, parapetos y contraescarpas, Villalón y los demás pronto trabarían contacto con los voluntarios españoles, brindándose unos y otros cuanto ayuda pudieron intercambiarse. Nuestros oficiales, enfrascados en su trabajo, se harían pronto populares y hasta «temidos», pues sus uniformes azules, zigzagueantes y tenaces, atraían el fuego de francotiradores y artilleros rusos. Problema más que preocupante era el dinero, que nunca llegaba, y que se resuelve con la llegada de una R.O. firmada por O’Donnell en la que se les comunica: «*La Reina, q.D.g. teniendo en consideración lo expuesto por el coronel Don Tomás O’Ryan, desde el campamento al frente de Sebastopol, ha tenido a bien en resolver: 1.º.—La gratificación que en adelante debe gozar el teniente Don Andrés Villalón ha de ser de 3.000 reales mensuales, igual a la señalada a los demás comisionados. 2.º Los cargos que se reciban correspondientes a las raciones facilitadas a dichos oficiales por la administración militar francesa (que hasta entonces les suministraba «de fiado») serán abonados sin descuento alguno de los sueldos y gratificaciones de los mismos.*».

(29) Archivo de Exteriores. Legajo núm. 1.774.

Sobre estas fechas, dos españoles llegan al teatro de la guerra. Son E. Amengua, segundo oficial contratado —provisionalmente— del vapor «*Tharsis*» de Bofill y Mercadal y C^a de Barcelona, y el capitán del buque, A. Mercadal. El «*Tharsis*» había sido fletado por la administración militar francesa como transporte de todo tipo de avituallamiento a los ejércitos aliados en Oriente. Será el primer barco español en alcanzar Malta en el invierno de 1854-55, cuando la concentración de buques en el Mediterráneo por la guerra de Crimea hacía resaltar aún más la nula presencia marítima española en el área. Mercadal y Amengua aprovecharán sus viajes a Constantinopla para «*hacer la guerra*», llegando en tres ocasiones —desde marzo a septiembre de 1855— hasta las primeras líneas del frente en Sebastopol.

En una de aquellas «*excursiones*», nuestros marinos pasan sin prestar atención junto a un grupo de soldados sentados. Pero al oírles hablar en castellano, el grupo se incorpora como movido por un resorte. Son todos de España. Hay abrazos y preguntas al mismo tiempo. Amengua y Mercadal se enteran así de que hay dos batallones casi completos de españoles luchando en la Legión Extranjera francesa y conviviendo junto con italianos, suizos y alemanes en uno de sus regimientos, el «*Primero*». A la pregunta de nuestros marinos de cómo se encuentran, uno de los voluntarios responde decidido por los demás: «*Peor que regular, pero nos conformamos. Servimos, sí, a la Francia, pero por compromiso. No obstante, lo hacemos lo mejor que nos es dable, pues ella nos paga y hemos empeñado nuestra palabra de españoles. Otra cosa sería si tuviéramos que luchar y hasta derramar nuestra sangre por nuestra querida patria. Ojalá Dios lo hubiera así querido*».

Nuestros voluntarios conviven con nuestros marinos durante todo el día y les cuentan la hazaña de uno de ellos, que luego de un furioso contraataque a la bayoneta contra los cuadros rusos que se retiraban de la meseta de Inkermann, llegó sólo hasta una de las brechas de la ciudad (posiblemente el baluarte de Kamchatka) y allí les gritó desafiante a los rusos: «*¡Viva España y la Francia!*», para luego caer instantáneamente acribillado a balazos; añadiendo que el propio general Lourmel, que había guiado el ataque, alabó ante todas sus unidades la bravura del legionario español. Por la tarde, y ya de regreso a Balaklava, Amengua y Mercadal descubren un triste cortejo: más de 300 mulas llevando doble número de heridos, en pésimas condiciones «*por el frío excesivo, la poca ropa destrozada que llevaban y el largo camino desde las trincheras*», según refiere el propio Amengua. Más atrás,

un reducido grupo escoltaba un negro y solitario ataúd. Al preguntar su nombre a los oficiales que le custodiaban, se enteraron entonces que contenía el cuerpo sin vida del general Lourmel.

Parecía «*casi infalible la entrada de España en la guerra*», según percibe Amengua en los comentarios recogidos entre los capitanes y oficiales marinos anclados en Balaklava, y añade: «*Había una general esperanza de que así fuera, y entonces comprendí más aún la fama que justamente tiene adquirida entre los extranjeros el soldado español*». Por su parte, los piemonteses encaraban la batalla del cólera, derrota siempre implacable. Sólo entre el 26 de junio al 31 de octubre de 1855, el Cuerpo sardo sufriría 1.271 fallecimientos por el terrible mal y otras 191 muertes más por las fiebres tifoideas. En ese mismo período de tiempo, 170 soldados murieron a consecuencia de las heridas padecidas en combate. La proporción era, pues, de nueve a uno entre las enfermedades y la metralla.

Nuevamente nuestros marinos catalanes retornan al frente. Por ellos sabemos que en una de sus aventuras en solitario están a punto de ser fusilados por espías, al ser sorprendidos recorriendo tranquilamente la primera línea bajo el fuego de la artillería rusa. El capitán Metts, de la Legión, actúa como testigo y nuestros marinos olvidan pronto el susto entre los voluntarios españoles. «Al día siguiente descubren dos figuras aisladas y ensimismadas ante el grandioso espectáculo de los fuegos cruzados de ambos bandos. Piensan que son ingleses, pero al acercarse, y según va el propio Amengua describiendo el encuentro, se produce la sorpresa: «... *iban envueltos en unos gruesos caiques o capotes de paño oscuro que les cubrían en gran manera; sus pantalones de paño azul subido, ceñido un espadín y en la cabeza una gorra a la inglesa forrada con una funda de hule, distinguiéndose en el frente una granada bordada en oro. Nos detenemos y les preguntamos cortésmente en francés a qué Ejército permanecen. ¡Y nos dicen que al español!*». Se produce así el encuentro con Manuel Pereira y Abascal, coronel de Artillería, y José López Domínguez, teniente de la misma arma y futuro teniente general y Presidente del Consejo de Ministros. La confraternización es inmediata y juntos todos pasarán unidos varios días de campamento en las líneas francesas. En otra ocasión, la tercera y última, Amengua y Mercadal se encontrarán con otros dos españoles, «*un oficial de Ingenieros y otro de Artillería*», de los que no cita los nombres, pero que creemos pueden ser —por las fechas— Andrés Villalón y tal vez Ramón Fernández de Córdoba. Nuestros catalanes retornarán a Barcelona vía Malta, luego de encontrarse allí con el espléndido

bergantín «Destino», que «causaba la admiración de todo el puerto». El bergantín en cuestión llevaba un cargamento de 400 mulos españoles para el Ejército británico, y por cuenta del mismo había sido fletado en Valencia, igual que otros —muy pocos— españoles (30).

DE JUNIO A SEPTIEMBRE NO HAY PERDON

El 7 de junio, los franceses ocupan el Mamelón Verde, una luneta erizada de piezas destrozadas y sembrada de cadáveres de ambos bandos. Es una triste victoria, pero supone el impulso para intentar salir del sangriento laberinto. El 18 de junio comienza lo que se imagina es el ataque final contra el Pequeño y Gran Redan y esa devoradora de hombres y piedades que es la torre de Malakoff. El general francés Mayran, que coordina el avance, precipita éste al confundir una salva rusa de bombas rojas con la auténtica señal, un cohete con estrellas rojas. Y es el desastre. Los cuadros aliados avanzan cerrados como en unas maniobras y la artillería y fusilería rusa se ceban con ellos. Mayran es pronto destrozado por un proyectil, pero 4.000 franceses y 1.300 ingleses —que se han lanzado también prematuramente— quedan junto a él. Es una hecatombe que los rusos no aprovechan sencillamente porque no pueden (el bombardeo de las 480 piezas aliadas les ha supuesto más de 3.000 bajas), y ambos bandos se repliegan sobre sí mismos, aturcidos y en jirones.

El cólera no descansa y el día 28 sucumbe Lord Raglan, como símbolo de un Ejército condenado aparentemente a no despegarse nunca de la tierra de Crimea. Mientras tanto, Villalón y O'Ryan, pacientes en su trabajo, alternaban las visitas de cortesía y la búsqueda de nuevos documentos en los cuarteles generales aliados con continuas y arriesgadas incursiones en primera línea. Gracias

(30) Hemos identificado al menos otros dos bergantines, el «Independiente» y el «Guadalquivir», matriculados en Cádiz, como destinatarios hasta Balaklava de sendos cargamentos de mulos para el Ejército británico, que los había fletado en Gibraltar. Amengua habla también de los numerosos mulateros contratados en Valencia, Cataluña y Andalucía por los ingleses para conducir las grandes reatas de mulos hacia el teatro de la guerra. La contienda había disparado los precios, y el coste medio de un buen caballo alcanzaba ya los 700 francos, quedando entre 550 y 575 el de los mulos. De los 1.800 viajes de buques europeos y norteafricanos con destino final en Crimea (según los resúmenes oficiales galos), tan sólo cuatro figuran como fletados en España, pero por los comentarios de Amengua este número debió ser sensiblemente superior, al no contabilizarse los contratados fuera de los fletes oficiales franco-británicos. Los cargamentos españoles eran fundamentalmente de ganado, cebada, avena, salazones y legumbres.

a su esfuerzo, puede trazarse con minuciosidad los sucesivos despliegues de los Ejércitos franco-británicos, que no podemos exponer aquí por límites en el espacio, pero que pueden resumirse así: con las reorganizaciones de la primavera y principios del verano pasaron los franceses a tener 80.000 hombres en los Cuerpos de Pélissier (en él estaba incluida la división Paté, donde figuraba la brigada Bazaine, que englobaba los dos regimientos de la Legión) y Bosquet, más la división de la Guardia Imperial (Mellinet) y la división de caballería (Morris). El Primer Cuerpo de Pélissier sería luego el «Ejército de la Izquierda», mientras el de Bosquet quedaría como el «Ejército de la Derecha». Entre ambos, los ingleses, apenas 23.000 hombres y limitados a cubrir bajas (las compañías británicas tenían sólo 80 hombres). El cólera y los «permisos» de altos oficiales ingleses, que son definidos por Villalón y O'Ryan como «un ejemplo de abandono grave en las filas del Ejército y que influía desastrosamente en los oficiales de inferior graduación», dejaron a los británicos bajo el mando de Sir James Simpson (antes era jefe de E.M.), con seis divisiones y una reducida división de caballería (Scarlett). Si a este núcleo central aliado se sumaban los piamonteses —18.061 hombres en línea— y los turcos de Omer-Bajá —cuatro divisiones con un total de 28 batallones y sólo 18 piezas— el Ejército aliado contaba con 226 batallones, 73 escuadrones y 348 piezas de campaña —sin contar los Parques— y una fuerza en combate de 145.000 hombres frente a los 165.000 rusos, renovados con mayor facilidad. Todo se disponía para el gran asalto final, pero antes los rusos intentarían repetir la sorpresa de Inkermman. Sería la gran batalla de Tratir o de la Tchernia, donde se distinguiría uno de nuestros oficiales, Ramón Fernández de Córdoba.

En cuanto a España, quedaba sola frente a su más crucial combate diplomático: guerra o aislamiento. Había una tercera vía, pero no se intuyó a tiempo: suscribir una alianza junto con Francia e Inglaterra, y retrasar la salida de nuestras tropas hacia Crimea.

DE EL ESCORIAL A IRUN Y VICEVERSA

Por correo diplomático se hizo saber al gobierno español que Napoleón III llegaría a Biarritz en visita privada a primeros de agosto, y que podría ser ese el momento de iniciar contactos al más alto nivel entre un representante del gobierno de Espartero y el propio Emperador. La noticia conmociona en Madrid. A primera hora de la noche del 29 de julio se convoca urgentemente

el Consejo de Ministros. Se sabe perfectamente del *«impasse»* anglo-francés frente a Sebastopol, y todos los editorialistas de Europa coinciden en afirmar el momento *«como sumamente delicado para los ejércitos aliados»*.

El fantasma de un segundo invierno como el de 1854-55 planeaba lúgubrementemente sobre todas las conciencias. En esa perspectiva, parecía inevitable una presión máxima de ingleses y franceses en vista de acumular efectivos para lanzar un ataque decisivo y final antes de la llegada implacable del invierno ruso. Si Prusia y Austria no se decidían a la confrontación, habida cuenta de sus fronteras comunes con el Imperio de los zares, la única potencia que restaba en condiciones de aportar una ayuda considerable era España, y este razonamiento producía escalofríos en Madrid.

La sesión se abre a las ocho de la tarde, en un ambiente de clara tensión. Es O'Donnell quien, luego de comentar sus últimas entrevistas con el embajador francés, aporta la idea de que no se puede por menos de participar en un encuentro que clarifique la cuestión para España sin por ello comprometerla. El nombre de Zavala es propuesto por todos como la persona idónea para asistir al encuentro con Napoleón III, y así lo concierta el gabinete por unanimidad.

Aceptada esta idea por todos, en el sentido de *«no desprenderse, hoy por hoy, de un solo soldado español para enviarlo a Crimea, pero sin ofender a la Francia»* (por el efecto perturbador que podría tener en nuestras relaciones la constante postura gala de presión sobre los grupos legitimistas del carlismo, entonces en plena eferescencia conspiradora, con insistentes reuniones en Trieste, Roma, Londres, Liverpool, Burdeos, París, Niza o Bayona, y que era la preocupación crítica del gobierno), el acuerdo del gabinete concluye con una notificación urgente al ministro de Estado, Zavala, entonces de servicio en El Escorial (donde se encontraba la Reina), para que, si fuera posible, saliera esa misma madrugada hacia Irún (31).

Zavala marcha a la frontera francesa escaso de equipaje y con voluminoso muestrario de preocupaciones. Pero cuando llega, se encuentra con la sorpresa de que Napoleón III, reclamado por urgentes noticias desde París —hay insistentes rumores de un complot de asesinato, la situación militar en Crimea se deteriora gravemente y se apuntaban serios indicios de debilidad en el gabinete

(31) Libro de actas de los Consejos de Ministros en 1855. Archivo de Presidencia.

británico en el sentido de considerar abiertamente la conveniencia de negociar directamente con el Zar—, se ha marchado sin dejarle ni tan siquiera una breve nota. Zavala se consume en las dudas de esperar una improbable vuelta o seguir viaje a París. El encuentro con nuestro representante en Francia, Salustiano de Olózaga, le ofrece la posibilidad de un interlocutor capacitado para cambiar impresiones. Zavala, repentinamente decidido, no insiste en prolongar una situación que intuye claramente comprometida para su nación, absolutamente inmadura para un lance semejante, y aprovecha la ocasión que se le presenta para volver a Madrid e informar a sus compañeros de gobierno. Sabe perfectamente que una presencia suya en París significaría casi instantáneamente la prueba final de que España salía de sus ambigüedades exteriores y apostaba fuertemente por la causa aliada. Y aunque él mismo comprendía esa salida (en carta posterior a Olózaga hablará de «*El pueblo español no puede limitarse exclusivamente a su política interior, cada día más pobre, más raquítica: es de absoluta necesidad guiar ésta por más noble senda, llamar la atención de aquél a ideas de mayor dignidad y prepararlo a hazañas que están aplazadas, no olvidadas...*») no por ello deja de ver la imposibilidad material de su ejecución, y así emprende rápido el regreso (32).

EL SILENCIO DE MALAKOFF

La batalla de Traktir es el último intento de los rusos hacia una victoria que se les escapa. Muertos en los reductos sus tres almirantes más renombrados (Korniloff, Istimonov y Nakhimoff el vencedor de Sinope), todas las esperanzas residen en el conde Liprandi y el príncipe Gorstchakoff, quienes lanzan un ataque nocturno, con seis divisiones de infantería, tres de caballería y 160 piezas de artillería en dirección a los montes Fedioukin y el valle de la Tchernaña. Son las cuatro de la mañana. Cogidos de improviso, los «*bersaglieri*» retroceden primero, pero sus tiradores de élite hacen una carnicería de artilleros y jinetes rusos, resistiendo luego todos juntos en lo que desde entonces se conocerá como la «*roca de los piemonteses*». El contraataque final de ingleses y franceses anulará los sucesivos intentos rusos de romper la línea aliada por entre las baterías galas y sardas —la hecatombe producirá 2.000 muertos rusos en cuarenta minutos— y se produce un desplome final que lleva a los aliados hacia la victoria. Por la noche, un agotado subteniente de artillería, Leon Tolstoi, escribirá a su

(32) Correspondencia diplomática de la embajada de España en París. Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares. Legajos núms. 4.004 y 4.005.

tía Tatiana: «*Ha sido una jornada espantosa, nuestros mejores generales muertos o heridos, todo el Ejército desangrado...*» (33).

Los legionarios han estado en la brecha, como siempre, mientras un joven madrileño, el capitán Ramón Fernández de Córdoba, lograría la Cruz de San Fernando por su participación en esta batalla— siempre en primera línea— y su posterior acción en la toma de Malakoff, según consta en su expediente personal.

Después de Traktir, todas las miradas convergieron en el mismo objetivo: la silueta aplastada de Malakoff, siempre humeante y siempre inconquistable. El bombardeo preliminar comienza el 5 de septiembre: 194 baterías inglesas y otras 285 francesas. Los rusos responden con sus 1.380 baterías (más de 3.500 piezas), pero la inmensa mayoría son viejas piezas navales, con escaso alcance y precisión. Por añadidura, como muy bien observan Villalón y O'Ryan, que siguen sus observaciones desde los puestos avanzados, los fuegos rusos deben dirigirse sobre un sin número de objetivos, mientras los sitiadores concentran todo su dispositivo frente a Malakoff y el Gran Redán. Finalmente, con las primeras luces del 8 de septiembre, 20.000 ingleses y 35.000 franceses se lanzan en cuña sobre el eje ruso en Malakoff. El encontronazo es indescriptible. Zuavos, legionarios y cazadores han saltado desde la sexta y séptima pasarela, apenas a 40 metros de las defensas rusas, ya debilitadas (del 5 al 8 de septiembre, los rusos han tenido 7.500 bajas sólo en Malakoff. La sorpresa es total y la bandera tricolor (alférez Libaut) ondea sobre el humo y la metralla. Pero los rusos reaccionan y se vuelcan en masa. Hasta un total de seis ataques y contraataques se suceden por la posesión de la torre.









El sol está aún muy alto pero es el fin. A las cinco de la tarde, el general Chepeieff intenta lo imposible, pero es rechazado en un torbellino de ataques a la bayoneta y choques cuerpo a cuerpo. Sebastopol está perdida para el zar: la inclinada perspectiva del bulevar Karabelnaïa se vence sobre una dársena donde los buques rusos son hogueras flotantes y las columnas maltrechas de Gortschakoff cruzan apresuradamente el puente de barcas tendido entre los fuertes Nicolás y de San Miguel, ya en la orilla opuesta.

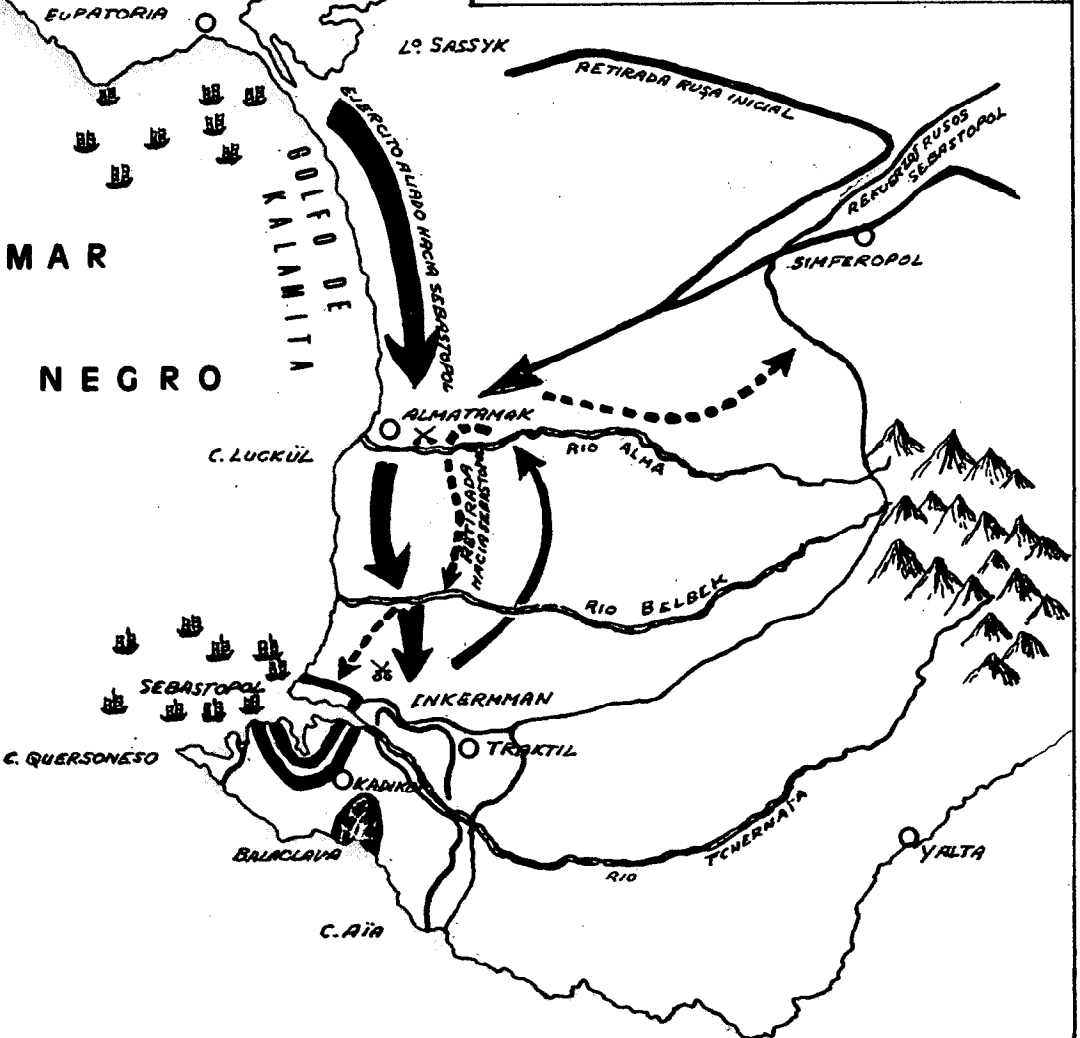
(33) Mientras las bajas piemontesas fueron sólo 250, los franceses enterraron 2.729 cadáveres de rusos y recogieron a otros 1.664 heridos, sobre un total estimado de 3.500 muertos y otros 5.000 heridos en el contingente ruso, que perdió a tres de sus mejores generales (Wrewsky, Weinmmarn y Read). Los franceses lamentaron la pérdida de 1.591 bajas (de ellas, 221 oficiales, una proporción notablemente elevada del 13,89 por 100).

CAMPAÑAS DE CRIMEA









14 SEPTIEMBRE 1854 - 29 FEBRERO 1856.-

LEYENDA

-  LINEAS RUSAS
-  LINEAS FRANCEBAS
-  LINEAS INGLESAS
-  MOVIMIENTOS RUSOS
-  EJERCITO FRANCO-BRITANICO
-  PERIMETRO BALACLAVA
-  BATALLAS
-  ESCUADRA FRANCO-BRITANICA



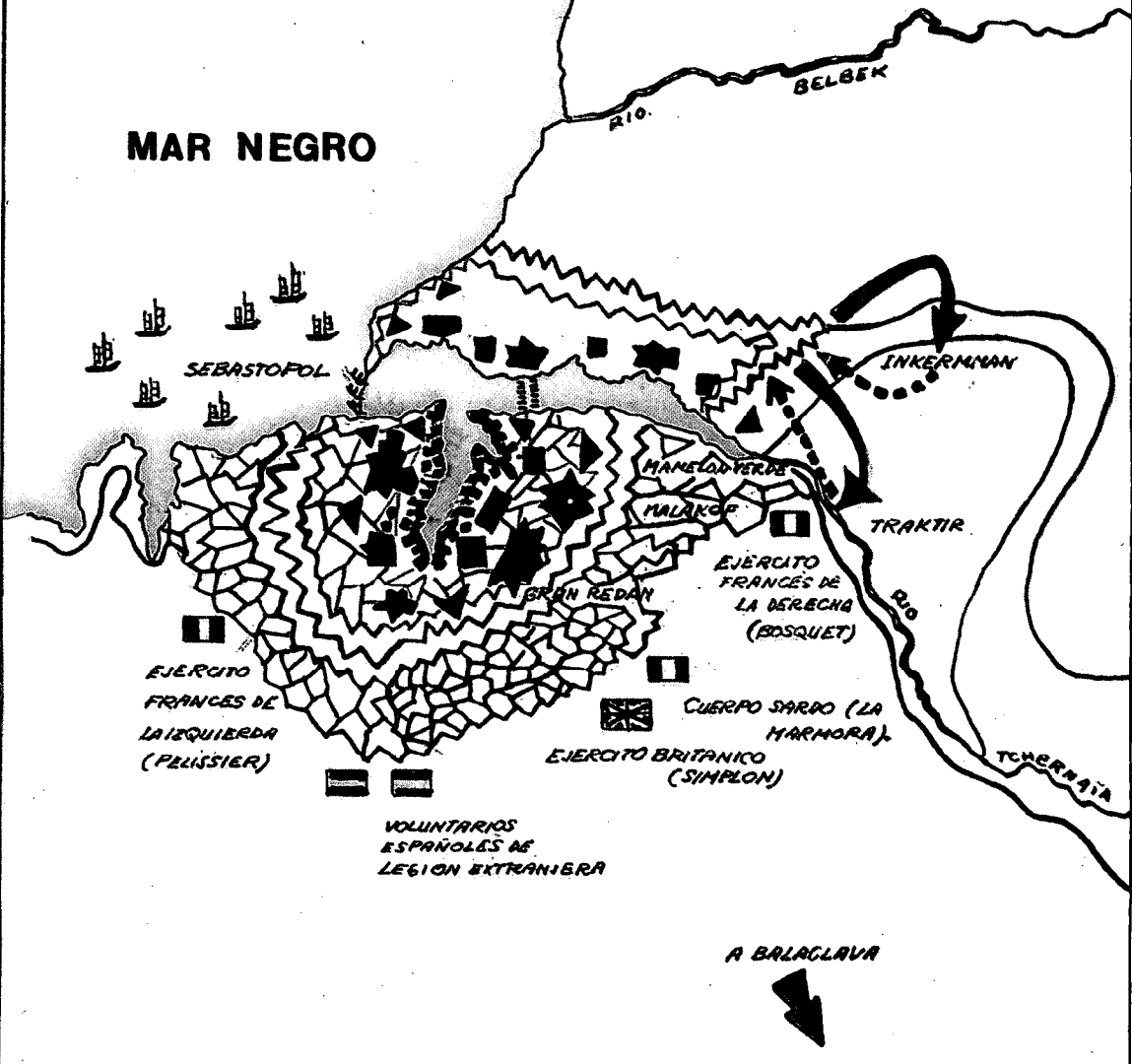
LEYENDA

-  FUERTES RUSOS
-  LINEAS RUSAS
-  LINEAS FRANCESES
-  LINEAS INGLESAS
-  (BATALLONES VOLUNTARIOS ESPAÑOLES
19 REGIMIENTO LEGION EXTRANJERA
ESCUADRA FRANCO-BRITANICA)
-  BUQUES RUSOS MUNDIDOS
-  PUENTE DE BARCAS
-  CIUDAD DE SEBASTOPOL

SITIO DE SEBASTOPOL

17 OCTUBRE 1.854 - 8 SEP. 1.855

MAR NEGRO



Por la noche, los incendios iluminan una ciudad en ruinas, mientras el Gran Redan, donde los británicos han sido inicialmente rechazados (2.000 bajas en dos horas), es finalmente ocupado. Villalón y O'Ryan caminan sobre cifras inverosímiles de pertrechos abandonados (34), mientras el resplandor de los incendios siluetea las figuras de zuavos y legionarios, al alcanzar las aguas cercanas al siniestro fuerte de la Cuarentena. Es el mar abierto. En el silencio de la guerra vencida se alcanza muy débilmente la certificación de que la pesadilla ha concluido. Con ella se hunden, en un mar negro como la tinta, 325 días de asedio («una batalla continua, estremecedora, como no había visto otra los tiempos modernos», como la definen Villalón y O'Ryan), 350.000 bajas (35), y una contienda extenuante que ya nadie sabía muy bien por qué había comenzado (35).

(34) Durante el asedio, los rusos tuvieron 982 piezas de artillería destruidas y 2.000 cureñas destrozadas (los ingleses efectuaron 390.000 disparos de artillería por 1.260.000 los franceses). Pese a ello, aún se encontraron 3.900 cañones rusos, 407.314 balas macizas de artillería y otras 210.755 granadas; más 23.080 botes de metralla, 342.981 Kgs. de pólvora y 730.000 cartuchos de fusil. Villalón y O'Ryan ofrecen un estudio completo de la labor del Cuerpo de ingenieros y zapadores franceses, que utilizaron 920.000 sacos terreros y 80.000 picos y palas para construir 85.000 mtş. de trinchera, con 80.000 cestones y 65.000 faginas. La intendencia gala envió a Crimea un total de 601.251 toneladas de material, mientras para el regreso de las tropas aliadas se fletaron 48 grandes vapores y 253 buques de vela (entre ellos, 14 grandes «clippers»). Finalmente, la proporción de la artillería franco-británica en el frente era de una pieza por cada 20 metros, mientras los rusos disponían de una por cada 12 metros.

(35) La investigación sobre el cómputo final de las bajas en Crimea nos ha enfrentado a cifras dispares, excepto en los archivos y documentos franceses, muy completos al respecto. Un total de 309.268 hombres (y 41.974 caballos) embarcaron en puertos argelinos y metropolitanos bajo las banderas francesas, entre ellos nuestros aproximadamente 800 voluntarios (de un total de 47.983 soldados embarcados desde Argel, Bona y Constantina. El número de muertos, incluyendo la elevada proporción de los fallecidos por el cólera (superior al 50 por 100 del total) se elevaría —hasta el 30 de marzo de 1856— a la cifra de 62.492 hombres. Desde esta fecha hasta el final de la evacuación murieron (por el tifus y el cólera) otros 4.564 franceses. El número de extraviados y desaparecidos en acción sumó la cifra de 1.781 hombres, luego del último canje de prisioneros, en el que Rusia devolvió 792 oficiales y soldados. En total, sumando los hombres fallecidos en el naufragio de uno de los últimos transportes de tropas «La Semillante», con 392 víctimas), las bajas absolutas galas en Crimea ascendieron a 69.229 hombres, un 22,38 por 100. Las cifras inglesas son contradictorias —en cuanto al número final de movilizados, que puede situarse en torno a los 96.000 hombres —pero se conocen con más exactitud los fallecidos por el cólera: 17.799 hombres, mientras se estima que otros 11.500 murieron en acción o a consecuencia de sus heridas. Más de 29.000 bajas absolutas supone una proporción del 30,82 por 100, la más alta con mucho de todos los Ejércitos aliados. Tan sólo la victoria final impidió la aplicación estricta de severas penas (causa sumarial instruida por Sir Jhon Mac Neill y el coronel R. Thuloch, que determinaron graves responsabilidades de numerosos jefes británicos, que fueron luego sobreesidas), es prudente estimar en torno a los 15.000 heridos o mutilados

NO HAY FLORES EN LAS TUMBAS DE CRIMEA

Bazaine, el jefe de la división donde forman los supervivientes de la Legión, es nombrado gobernador de Sebastopol, mientras nuestros voluntarios son enviados de nuevo a campo abierto, en misiones de patrulla. Gortschakoff aún dispone de 150.000 hombres y la guerra parece encaminarse hacia una sucesión de acciones en movimiento (bombardeo y captura de Kinburn por los franceses, el 16 de octubre, a la que los rusos responderán con la toma de Kars a los turcos, el 28 de noviembre). Pero son los últimos coletazos, pese a que Moscú y San Petersburgo se fortifican ansiosamente y los ingleses ultimán un proyecto de ataque anfíbio incluso sobre Cronstadt. El 16 de enero de 1856 son aceptadas por Rusia las propuestas del austriaco conde Buol; abolición del protectorado ruso sobre las provincias danubianas, reconocimiento de fronteras entre Rusia y Turquía, libertad en las bocas del Danubio y neutralización del Mar Negro. El germen del conflicto es tratado de pasada al volver a reconocer la inmunidad de los católicos bajo el Sultán, con la garantía de las potencias europeas.

Los primeros murmullos de paz son cubiertos en Sebastopol por formidables detonaciones, de las que Villalón, testigo excepcional, da cumplida descripción en su Memoria: con una larga y crujiente tronada, todas las fortificaciones rusas, una tras otra, son demolidas o saltan por los aires (algunas, como el fuerte Nicolás con 192 piezas y medio kilómetro de poderosos baluartes, necesitará 20 toneladas de pólvora para sucumbir), hundiéndose espectacularmente en la bahía (las cargas se habían colocado expresamente para que los fuertes se desplomasen de «*espaldas*» al mar).

El armisticio se firma en París el 25 de febrero, mientras en Sebastopol se produce el encuentro (el día 29) sobre los restos del puente de Traktkir. Pero el gran día será el 2 de abril, cuando retumban los 101 cañonazos sobre las ruinas de la ciudad concebida por Catalina la Grande. La paz era un hecho y sólo quedaba reembarcar. Deprisa, antes que morir por nada, pues sólo en el mes de febrero los franceses habían tenido 2.500 muertos por el cólera y otros 2.480 fallecerían en marzo (de ellos, 58 médicos y 13 ca-

británicos evacuados sucesivamente hacia la patria, mientras los franceses se aproximarían a los 40.000 (sobre un total de 227.133 soldados reembarcados). Estimándose en 3.000 las bajas piemontesas y en 10.000 las turcas, según los datos contrastados, la relación de pérdidas de sus oponentes se aproximaría hasta los 70.000 muertos y otros 120.000 heridos, soportables únicamente por el flujo constante de renovación de efectivos rusos en la península de Crimea hacia Sebastopol.

pellanes). Cuando los últimos buques dejaron de ver la silueta aplastada de Sebastopol, nadie se acordó ya de la guerra y menos aún de sus motivos (36).

De las reseñas efectuadas por Villalón y O'Ryan se desprende que un total de 98 legionarios españoles resultaron muertos (cuatro de ellos desaparecidos en acción) frente a Sebastopol, de un total identificado solamente de 474 voluntarios y a falta de nuevas confirmaciones en archivos franceses. Por enfermedades murieron 39 españoles identificados, lo que equivale al 8,22 por 100, mientras los fallecidos en combate sumaban 38 (un 8,01 por 100), y los muertos a consecuencia de heridas suponían 12 más (tan sólo un 2,55 por 100, porcentaje notablemente inferior a la media de los aliados). Las 98 bajas —insistimos que provisionalmente— arrojan un porcentaje del 20,67 por 100, ligeramente inferior a la de ingleses y franceses (un 22,38 por 100 en el caso galo, por ser éste el de estadísticas más fiables).

Tres españoles, prisioneros de guerra, serían liberados por sus compañeros en Sebastopol: Manuel Nieto, Domingo López y Manuel Fernández. Pero otros cuatro no pudieron ver el triunfo fi-

(36) La guerra de Crimea supuso, para los británicos, la identificación con su símbolo al valor militar: la Victoria Cross, pequeña cruz de Malta que, con su cinta morada, es la bandera del coraje para el Reino Unido y los Dominios. Su creación se considera derivada de una entrevista particular entre la reina Victoria y W. H. Russel, el corresponsal del «Times» presente en Balaklava. Pero la evidencia que se posee es la decisión final del duque de Newcastle (comunicación a la Cámara de los Comunes en enero de 1855). Se quería así instituir una condecoración de prestigio hacia el valor y en paralelo a las ya existentes en otras naciones europeas de honda raigambre militar, como la Cruz de Hierro (instituida en Prusia en 1813), la Legión de Honor francesa (1803) o nuestra Cruz Laureada de San Fernando (instituida en 1811). La presentación de la Victoria Cross se efectuó una tibia mañana de verano, el 26 de junio de 1857 y en los jardines de Hyde Park, cuando 6.000 veteranos de Crimea saludaron a su reina y 62 de ellos recibieron sus medallas con emoción (la primera lo sería al contraamaestre —luego almirante— Charles Lucas por su acción durante el bombardeo de Bomarsund), pese a que el severo y circunspecto «The Times» articulase que «la nueva condecoración es notablemente fea y de baja calidad en extremo». Un total de 111 Victoria Cross fueron otorgadas en la campaña de Crimea, que resulta así la tercera más premiada al valor en la historia militar británica, y sólo superada por las 182 cruces Victoria de la SGM y las 634 de la PGM. Como dato curioso, añadiremos que un total de 1.353 cruces Victoria fueron otorgadas hasta 1966-1969 (campañas en Malasia y Vietnam), y que al ser concedida la última, por el conflicto de las Malvinas (teniente coronel de paracaidistas, H. Jones, por su acción en «Goose Green» y a título póstumo), el estupor cundió durante 48 horas en Londres, pues no aparecían los viejos lingotes de bronce de los dos obuses rusos capturados en Sabastopol, y que son los utilizados tradicionalmente como materia prima para la fundición. Finalmente, los ansiados lingotes de Crimea aparecieron en un olvidado sótano del Royal Ordnance Corps y nuevamente pasaron por el fuego.

nal y habían muerto en cautiverio: Tomás Julián, Jesús Muñoz, José Pérez y Manuel Vidal. Un total de 107 voluntarios españoles resultaron heridos (48 de ellos de gravedad, de los que 12 sufrieron graves amputaciones, el 12,87 por 100). Heridos resultaron todos los oficiales y suboficiales, excepto el comandante y después teniente coronel, Antonio Martínez, quien resultaría ileso y cuya pista, desafortunadamente, perdimos en Argelia. Los cuatro desaparecidos en acción lo serían Lorenzo de Lorenzo y Joaquín Ludón (en el ataque general del 31 de octubre de 1854), Francisco Remón (4 de diciembre de 1854) y Agustín Balpiano, que lo sería el 3 de noviembre de 1855, en una de las últimas escaramuzas de la guerra y en campo abierto.

Un total de 232 legionarios obtuvieron la medalla inglesa de la campaña, mientras que siete de ellos fueron condecorados con la Medalla Militar francesa, lo que obligaba a ser citado una vez al menos en los partes oficiales. Cinco de nuestros voluntarios obtendrían a la vez condecoraciones francesas e inglesas: José Beneven, José Caravacía (se trata de un apodo por un impacto de metralla en el rostro), Ramiro Bertolín, Teodoro Ayanz y el sargento Ramón Oliver. El capitán Paulino Bombín y el teniente coronel Antonio Martínez fueron condecorados con la Legión de Honor (oficial y caballero, respectivamente). Caso excepcional es el del fusilero Modesto Iglesias, que sería honrado por tres veces: medalla inglesa, Medalla Militar francesa y Caballero de la Orden de la Medjidie. Hecho notabilísimo, sobre el que hemos querido averiguar más datos, pero que no han tenido fructificación alguna.

La confirmación de los muertos españoles en Crimea —sobre las listas parciales detalladas por Villalón y O’Ryan— llega después con más de un año de retraso a través de nuestra legación en París, como en la reseña de 610 partidas de defunción de «*españoles muertos en el Imperio*», que envía al ministerio de Estado, en Madrid, uno de nuestros representantes en Francia, Gaspar Muro (37). El documento lleva fecha del 13 de mayo de 1857 y en él hemos identificado más de cincuenta nombres de los voluntarios identificados por Villalón, pero la cifra, altísima para la media de documentos similares, demuestra la incidencia de la guerra de Crimea, aunque no figuren en ella más datos que los nombres y un solo apellido —junto con los años del finado en el momento del óbito y el lugar dónde se ha producido— que, al simultanearse con otros también comunes (Fernández, Díaz, Pérez, etc.) difi-

(37) Correspondencia de la embajada de España en París. Archivo de Exteriores. Legajo núm. 1.507.

cultan extraordinariamente su determinación exacta. Es curioso observar que muchos de los fallecidos figuran como muertos en Argelia (nombres de varios campamentos de la Legión Extranjera), cuando ya se encuentran reseñados por Villalón y O'Ryan como muertos frente a Sebastopol. La explicación debe encontrarse en que las partidas de defunción de las diferentes unidades embarcaron junto con ellas hacia Argelia, punto obligado de destino para la Legión, pues era su acantonamiento tradicional, y desde allí fueron a su vez remitidas —englobando los muertos en el frente con los fallecidos por causa natural luego de la llegada desde Crimea— por el ministerio de «*Affaires Etrangères*» a nuestra embajada, quien a su vez la hacía llegar al Ministerio de Estado en Madrid, como una simple transcripción de los escuetos datos ofrecidos por las autoridades francesas. A falta de una más intensa búsqueda en los archivos de Versalles y en los particulares de la Legión Extranjera, la lista que se ofrece (en el Anexo I) es un homenaje a todos los voluntarios españoles, identificados o no, que cayeron con honor frente a Sebastopol.

EL DEVENIR DE NUESTROS HEROES

Conocida la brillante trayectoria militar y política de *Prim*, y su trágico final en el atentado de la noche del 27 de diciembre de 1870, nos centraremos ahora en seguir los pasos del resto de los militares españoles. Empecemos por Villalón y O'Ryan. Villalón tenía fama de trabajador y pundonoroso. Su hoja de servicios lo recuerda así: «*Continuó en esta Comisión siguiendo con una honrosa constancia los largos y penosos trabajos del sitio de Sebastopol*» (se refiere a los años entre 1856 y 1858, fecha de su publicación). Pero volvería a la acción en campaña. Destinado en el Negociado de Correspondencia Extranjera (Ministerio de la Guerra), vuelve a reunirse con O'Ryan a la vuelta de éste de su comisión militar a Italia y juntos ambos parten para Africa. Villalón lograría dos menciones honoríficas —asistiría a las batallas de Castillejos, Wad-Ras y Tetuán—, ascendiendo a teniente coronel por méritos en campaña, mientras O'Ryan, gravemente herido en una pierna «*por tiro de espingarda que le causó grandes destrozos*» (como dice su hoja de servicios) —en el combate del Serrallo del 9 de diciembre— se recuperaría en Ceuta de sus heridas y aún asistiría al sangriento encuentro de Wad-Ras. De retorno a la península, sus trayectorias militares comienzan a separarse.

Tomás O’Ryan alcanzaría un renombre merecido como escritor (38) y profesional de la milicia. Sus contactos continuados con altos jefes franceses o alemanes, sus estudios y su ubicación como militar «*internacional*», por sus comisiones al extranjero, le granjearían el respeto y consideración de todos. En 1860, luego de ser ascendido a teniente coronel y de pasar también por el mismo destino de Villalón (Negociado de Extranjero), era destinado a la plaza de El Ferrol como gobernador militar. Sería el principio de una dilatada carrera que le llevaría hasta el grado de teniente general y el de ministro de la Guerra (gabinete de Sagasta en junio de 1888). *Villalón*, por su parte, unía su destino al de Prim, al marchar junto con éste a la Habana (24 de noviembre de 1861), con el Cuerpo Expedicionario a Méjico. Haría allí la campaña siguiendo al Conde de Reus, para luego servir en Cuba y Santo Domingo, construyendo blocaos o puentes, carreteras o estudiadas líneas de defensa, e interviniendo en acciones de cuerpo a cuerpo como la de Monte Christi (13-18 de mayo de 1864), donde le hieren, le matan el caballo y él mismo se salva en difíciles circunstancias (sería ascendido a coronel por méritos de guerra). Enfermo y luego de reponerse de sus heridas, volvía al servicio activo, pero recae de nuevo y solicita el retorno a la península (abril de 1869), cubriendo un corto destino en Canarias y otro en Madrid y sintiendo de nuevo la llamada de Ultramar, en esta ocasión Filipinas, luego de obtener el mando de la 2.^a media brigada en Manila (febrero de 1872), y siendo nombrado más tarde comandante de ingenieros de la plaza de Cavite. Brigadier por méritos en campaña (ocupación de Joló, donde resultaría gravemente herido) en agosto de 1876, el clima y las cicatrices pudieron más que sus deseos de seguir al mando de unidades y obtuvo el traslado a Madrid en octubre de 1878. Apenas cuatro años más tarde (4 de enero de 1882), fallecía en la capital, prácticamente olvidado por todos. En cuanto a *O’Ryan*, su prestigio como militar altamente cualificado y de probado talante literario, facilitaría que le eligieran como jefe del gabinete de estudios del Príncipe de Asturias, futuro Alfonso XII, del que sería en 1877 ayudante personal. Estudioso militar —tradujo numerosas obras del inglés y alemán— fue poco a poco apartándose de la memoria pública y moriría en Madrid, a los 81 años (1902), en un olvido y desinterés casi igual al de su fiel amigo Villalón.

Respecto a los oficiales que acompañaron a Prim a la campaña del Danubio, los hay que se apagan como un fagonazo, como

(38) Las obras completas de Tomás O’Ryan se encuentran en la monumental biblioteca del SHM.

Useleti de Ponte, o que siguen luchando hasta el final, como *Detenre* y *Escario*. Sigámosles cuanto podamos. *San Román*, *Pita del Corro*, *Detenre*, los dos *Trillo*, *Sanz* y *Méndez de Vigo* se encuentran en Africa. *San Román* y *Pita del Corro* reciben sendas menciones honoríficas en combate, igual que *Enrique Trillo*, mientras *Miguel Trillo* es condecorado con la Cruz de San Fernando por su valor en el combate del reducto de «*Isabel II*», en *Ceuta* (sería la segunda laureada, pues había conseguido su primera Cruz de San Fernando por su actuación en Madrid con motivo de las jornadas revolucionarias de 1856) y logrando una tercera Cruz de San Fernando por sus acciones en Sierra Bermeja y Wad-Ras. No podía faltar en Africa el genio vivo de *Detenre*, quien a sus 58 años, no sólo está en primera línea junto con su venerado *Prim*, sino que se suma de improviso a la heroica carga de los escuadrones de la Princesa contra el campamento enemigo (1 de enero de 1860), siguiendo su valor intacto en los Castillejos, Wad-Ras y Tetuán, siempre como ayudante del Conde de Reus y recomendado «en todos los partes de las acciones sostenidas (estuvo también junto a *Trillo* en los combates de los reductos «*Príncipe Alfonso*» e «*Isabel II*»), por su serenidad y reconocido arrojo», como precisa su hoja de servicios. Coronel por méritos de guerra (batalla de Tetuán), formaría parte de la Expedición a Méjico —junto con *Villalón*— para volver a la Península y regresar a Cuba, ya en 1864. En cuanto a *Ramón Méndez Vigo* y *Osorio*, sevillano —que cuenta 28 años cuando llega a Crimea— no pudimos ampliar como quisiéramos sus datos personales faltos de hoja de servicios. Lo último que figura en su expediente es una solicitud (concedida) para pasar a Francia en mayo de 1870, por motivos de salud (ya era entonces coronel).

En cuanto a *Pita del Corro* —segunda laureada de San Fernando por sus acciones en Madrid, en julio de 1856— es ascendido a coronel por méritos de guerra en los Castillejos, retorna luego enfermo a Madrid y queda de cuartel en Palacio (había sido ayudante de órdenes de Isabel II), para después fallecer prematuramente —ya coronel— a los 41 años, en enero de 1868. Las trayectorias de *Sanz* y *Useleti de Ponte* se cortan pronto: el primero ya en 1860 y el segundo un año más tarde, no figurando más datos en sus expedientes personales, a falta de las correspondientes hojas de servicios. Poco más hemos conseguido de *Enrile*, coronel en el Regimiento de Infantería del Príncipe y comandante general de Santiago de Compostela, quedando interrumpida su carrera, «en archivo», en 1861. Nos queda *Luis Escario* y *Molina*, como último componente de la Comisión de *Prim*, que tendría un brillante his-

torial militar: gobernador militar de Mindanao, jefe de la 2.^a media brigada en Vizcaya, gobernador militar de Avila (ya en 1877), y en Toledo al año siguiente, gobernador militar de Vizcaya (1883), y jefe del Cuartel de Inválidos como último destino activo, ya en 1894. Escario, distinguido en Cuba (es jefe de brigada en Sancti Spiritus, distrito siempre citado en los partes de acciones cruentas y comprometidas, estuvo en la famosa expedición a la Cochinchina (1858-1863) con Ruiz de Lanzarote y Palanca, y en contacto estrecho con el vicealmirante Rigault de Genouilly, con quien le unía una vieja amistad desde Crimea, y que le recomendaría con encomio. Estaba en posesión de numerosas condecoraciones (era oficial y después comendador de la Legión de Honor, de la Medjidie, Gran Cruz de San Hermenegildo, de Isabel la Católica y tres cruces del Mérito Militar).

Las carreras de *Miguel Trillo* y *Carlos Detenre* continuaron. El primero lograría una cuarta cruz de San Fernando por su intrepidez al atacar con su escolta una barricada en el postigo de San Martín, en Madrid (sublevación de junio de 1866), y apoderándose personalmente del cañón allí emplazado (sería pensionado con 250 escudos anuales). La «*Gloriosa*» de 1868 le destituye de todos sus cargos —brigadier en la Dirección de la Guardia Civil— recobrándolos con la Restauración. Ayudante de campo del rey Alfonso XII y ascendido a mariscal de campo, toma parte decisiva en el levantamiento del bloqueo de Pamplona y ocupación de la línea del Arga (junio de 1875). Jefe de la 5.^a división del Ejército de Castilla la Nueva, lograría al año siguiente (1878) ascender a teniente general, siendo designado Capitán General de Andalucía en abril del mismo año. Director General de Ingenieros, fallecería en Madrid, a los 53 años, el 23 de junio de 1881. En cuanto a *Detenre*, a quien habíamos «*dejado*» en Cuba, tiene una corta licencia de cuatro meses para pasar a Estados Unidos, todavía en plena guerra civil de Secesión. No hemos podido averiguar nada sobre la actuación o trabajos de *Detenre* en tan crítico momento de la historia estadounidense, quien vuelve a la Habana ya en 1865. Sus acciones en Cuba (contra Maceo en Malaguabo o Donato Mármol en Arroyo Colorado, cerros del Mogote, San Francisco, montes de El Caney, acción de Altogracia, derrota del cabecilla Borrero en Faquer, derrota y muerte del cabecilla Filomeno, batidas de Palo Picado y montes de Aynacate y acción en el «*Descanso de la Muerte*», todas ellas en 1870) atestiguan reiteradamente su valentía y su pundonor (dos veces herido, negándose a ser evacuado). *Detenre*, brigadier en 1868 con la Revolución de Septiembre, que le asciende a dicho empleo por sus «*servicios a la Causa de la Libertad*», según mención

expresa en su expediente personal, sería luego encausado con motivo de las sublevaciones cantonales (por Almería y Cartagena), ignorándose hasta qué punto su intervención fue importante en ellas, ya que en 1878 su causa es sobreseída en atención a sus méritos en campaña —y a su edad, pues ya contaba con 76 años— mientras residía en Cádiz, retirado del servicio. A finales de ese mismo año, nostálgico tal vez de su patria de origen y entristecido de su carrera militar española —«*grapada*» en el empleo de brigadier—, solicitó licencia para pasar a Francia y posiblemente morir allí. Pero España no quería quedarse sin él y la muerte le sorprende en Cádiz el 26 de enero de 1879. *Detenre*, que había casado en La Habana, con M.^a Josefa de Xénes y Armenteros —de la que se conserva un escrito poco después reclamando por sus pensiones «*de las que nada ha recibido*»— es un ejemplo de militar audaz pero también «*ilustrado*», pues era —desde 1857— académico de número de la Real Academia Española de Arqueología.

De la que podíamos denominar «*segunda promoción de Oriente*», la que se inicia con los trabajos de *Villalón* y *O'Ryan*, queda por estudiar los nombres de *José López Domínguez*, *Lagunero* y *Guijarrro*, *Murga* y *Mugartegui*, *Pereira* y *Abascal* y *Fernández de Córdoba* y *Vera de Aragón*. Del primero, ingresado a los 16 años como cadete en el Colegio de Artillería —había nacido en Marbella, en 1809— su participación en la «*Vicalvarada*» junto a *O'Donnell* le valió el ascenso a comandante. Luego de su estancia en Crimea, publicó varios artículos sobre sus experiencias en la campaña junto a los franceses (era comendador de la Legión de Honor). Junto con *O'Ryan*, estuvo comisionado en la guerra de Italia (1859), y a su vuelta marchó a la guerra de Africa, donde ascendió a coronel por méritos en acción. Paralelamente a su actuación castrense, fue dedicándose a la política —afiliado a la Unión Liberal, fue elegido diputado por Coín en dos legislaturas (1859-1865)— para luego cooperar en la preparación de la «*Gloriosa*» de 1868, que le nombró subsecretario de la Presidencia y luego secretario de la Regencia (duque de la Torre), para ser finalmente nombrado ayudante de campo del rey Amadeo I y destinado al Ejército del Norte, como jefe del Estado Mayor. Capitán General de Burgos (1873), tomó el mando de las fuerzas sitiadoras sobre el cantón sublevado de Cartagena (cf. su obra «*Cartagena: Memorias y comentarios sobre el sitio de aquella población*»). La Restauración le despojó de sus mandos, dedicándose abiertamente a la política. Sería ministro de la Guerra con Posada Herrera (1883), y con Sagasta (1892-1895). A la muerte del jefe liberal, quiso *López Domínguez* formar grupo aparte, contrario a Moret, pero su proyecto fracasaría, aun-

que él mismo alcanzaría la Presidencia del Consejo de Ministros en junio de 1906, reservándose igualmente la cartera de Guerra. A raíz de dos crisis «*motín de los obispos*» —Ley de Asociaciones de Dávila y una circular de Romanones sobre el matrimonio civil— más la llamada «*guerra del papelito*»— carta de Moret al monarca—, dimitiría y reasumiría a su vez la Presidencia, pero, quebrantada su salud y entristecido, se retiraría de la vida pública, falleciendo en Madrid cinco años más tarde (1911). *López Domínguez* fue uno de nuestros brillantes militares del siglo XIX, notable político y hombre de Estado, que dejaría merecida fama como orador elocuente e ingenioso en la tribuna parlamentaria.

Si amplio es el expediente de *López Domínguez*, bien parco resulta el de *Murga y Mugartegui*, bilbaíno (1827), todavía capitán de caballería cuatro años después de Crimea (en 1859), y retirado en 1861 con la graduación de comandante (parece ser que se traslada al Cuerpo de Miñones). De *Manuel Pereira y Abascal*, marqués de la Concordia del Perú, madrileño (nacido en 1817), ya hay más datos: veterano de la guerra de los Siete Años (Cruz de San Fernando por sus acciones en las campañas de Cataluña y Maestrazgo en 1840), es comisionado para Oriente —en lo que puede considerarse como una Comisión «*punte*» entre las de Prim y Villalón-O’Ryan— para luego ser ascendido a teniente coronel por méritos contraídos en Crimea (junto con la Cruz de Caballero de Carlos III), y ser nombrado gentilhombre de cámara de S. M. Ascendido en Africa (1860) a coronel por méritos en campaña, alcanzaría el generalato (brigadier), destacándose en las campañas de Cuba y Santo Domingo (1861-1865). Era caballero de la Legión de Honor, Comendador de la Medjidie —el único español después de Prim— de Isabel la Católica y de San Hermenegildo.

Del vallisoletano *Lagunero y Guijarro* y del madrileño *Fernández de Córdoba*, los archivos nos permiten seguir sus carreras militares, brillantes y premiadas. El segundo, muy joven en Crimea —tenía 23 años cuando alcanza el frente de Sebastopol— es ascendido por sus méritos en la campaña a comandante de infantería y recibe la Cruz de San Fernando «*por los méritos contraídos al asistir voluntariamente al asalto y toma de la torre de Malakoff y batalla de Tchernaiá*» (la R. O. está firmada por O’Donnell el 22 de noviembre de 1855). Vuelto a la patria, los días de cuartel en la Corte —era hijo de Grandes de España— se interrumpen ante la llamada de Africa, donde conseguiría otras dos laureadas de San Fernando (en Tetuán, acciones del 23 de enero y 4 de febrero de 1860). Coronel en 1883, alcanzaría el generalato (brigadier de

Artillería). En cuanto a *José Lagunero* —30 años cuando llega frente a Sebastopol— era un «empecinado» por marchar a Oriente, y a la segunda petición lo consigue, pero «siendo de su cuenta los gastos de traslación y estancia», como advierte la R. O. de 1855. Mas antes de partir hacia Marsella, su regimiento de caballería es movilizado para combatir las partidas carlistas en el Norte. Controlado el movimiento legitimista, es cuando consigue realizar el ansiado viaje a Crimea. Lagunero es uno más de los distinguidos al otro lado del Estrecho, al ser citado en la orden del día (21 de enero de 1860), por su participación y coraje en la carga brillante de los escuadrones de Farnesio, por la que sería condecorado con la Cruz de San Fernando de 1.^a clase. Citado dos veces más (Wad-Ras y Tetuán), su temperamento de acción le llevaría de nuevo al Norte —luego de varios destinos en Castilla y Andalucía— en cruentos choques con los carlistas, como en Tafalla, donde un trabucazo a quemarropa le hiere gravemente en ambas piernas (está a punto de sufrir una doble amputación), pero que no le impide seguir dirigiendo la lucha, siendo por ello ascendido a brigadier. Por sus acciones contra los jefes carlistas Puigginer y Savalls, se le distinguiría con la Gran Cruz del Mérito Militar. Subsecretario de Guerra (1871), diputado a Cortes por Valladolid (1872), Capitán General de Burgos, de Cataluña y de Castilla la Nueva —también llevaría la Dirección General de Caballería— su carácter fogoso le empujaba adelante sin vacilaciones, como sucede en la estación del Príncipe Pío en Madrid, al amotinarse los soldados del batallón de reserva de Badajoz cuando iban a subir al convoy que los conduciría hasta Miranda de Ebro, para incorporarse al Ejército del Norte, en operaciones contra los carlistas. *Lagunero*, que volvía a su casa solo y a caballo, se enfrenta así a 500 hombres y consigue dominarlos con «sólo la voz de su autoridad», como precisa su expediente, y siendo felicitado después públicamente por el general Serrano al conocer los detalles de cómo logró conducir a toda la tropa en perfecto orden hasta los cuarteles de Santa Isabel. En marzo de 1871 vuelve a actuar en campaña, lanzándose hacia las líneas carlistas en Oquendo, con sólo los doce soldados de su escolta, y «desbaratándolas y derrotando por sorpresa al enemigo, en plena confusión», como señala su hoja de servicios. Achacoso por sus heridas en campaña, *Lagunero* moriría en Madrid, a los 55 años, en diciembre de 1880.

Concluye así este estudio sobre la vida profesional de un puñado de buenos militares españoles, de la época que les vio luchar y sentir, y de sus esperanzas, satisfacciones y desventuras. Hace 130 años España perdió tal vez su mejor oportunidad para formar

parte consustancial de lo que hoy llamaríamos bloque occidental, y aún reconociendo, como es obligado, las dificultades extremas del momento histórico nacional, es bien cierto que no se calculó el impulso preciso que hubiera evitado el posterior aislamiento de nuestra política y el sacrificio de nuestra acción en Ultramar.

B I B L I O G R A F I A

- Servicio Histórico Militar. «Memoria sobre el viaje militar a Oriente por el Excmo. Sr. general Don Juan Prim, Conde de Reus, jefe de la Comisión de Señores Oficiales del Ejército Español nombrada en 1853 para seguir y estudiar las operaciones de la guerra entre la Rusia y la Turquía». Madrid, 1855.
- S.H.M. «Memoria sobre el viaje militar a la Crimea presentada por los oficiales del Cuerpo de Ingenieros nombrados en 1855 para seguir y estudiar las operaciones de la guerra entre Rusia y las Potencias Occidentales Francia e Inglaterra, auxiliando a la Turquía». Madrid, 1858.
- Archivo General Militar de Segovia. Expedientes personales y hojas de servicios del general de brigada (Artillería) Ramón Fernández de Córdoba y Vera de Aragón, del mariscal de campo José Lagunero y Guijarro, del coronel (Infantería) Federico Fernández de San Román, del coronel (Infantería) Agustín Pita del Corro, del general de brigada Manuel Pereira y Abascal, del coronel (Ingenieros) Ramón Méndez Vigo y Osorio, del comandante (Caballería) José M.^a Murga y Mugartegui, del mariscal de campo Luis Escario y Molina, del general de brigada (Infantería) Carlos Detenre y Garnier, del coronel (Infantería) Enrique Trillo y Figueroa, del teniente general Miguel Trillo y Figueroa, del general de brigada (Ingenieros) Andrés Villalón y Echevarría, del teniente general Tomás O'Ryan y Vázquez y del Capitán General Juan Prim y Prats.
- Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Correspondencia con Embajadas y Legaciones. Despachos de la Embajada en París. legajos núms. 1.504-1.505-1.506-1.507 y 1.508 (años 1852-1858). Informes de la Embajada en Londres: legajos números 1.560-1.561 y 1.562 (años 1850 a 1856). Despachos de la Embajada en Washington: legajo núm. 1.470 (años 1854-1856). Correspondencia de la Legación en Constantinopla: legajos núms. 1.772-1.773-1.774 y 1.775 (años 1852-1858). Política exterior, Francia (legajo 2.455), Inglaterra (legajo 2.502). Correspondencia de Estado: legajo núm. 1.262 (años 1854-1890).
- Archivo Central de la Administración en Alcalá de Henares. Correspondencia diplomática de las Embajadas en París y Londres. Legajos núms. 4.001 al 4.006 y del 2.980 al 2.992.
- Archivo del Ministerio de la Presidencia. Libro de actas de los Consejos de Ministros de 1855.
- AHN. Archivo Histórico Nacional. Correspondencia con el Foreign Office, años 1852 a 1862. Legajo núm. 8.588.
- Archivo de las Cortes. Legión Auxiliar Británica (año 1848), Legión Extranjera francesa (año 1851) y Cuerpos Francos (1856). Legajos núms. 63/46, 67/1 y 93/63.
- Archivo del Museo Naval en Madrid y de la Marina en San Martín de Valdeiglesias. Expediente personal del capitán general A. Gutiérrez de Rubalcava y Estados generales de la Armada en los años de 1853, 1854, 1855 y 1856.
- Biblioteca del Congreso de los Diputados. Libro de Actas de las Sesiones parlamentarias correspondiente a las legislaturas de 1854, 1855 y 1856.

- Alonso, José Ramón. «Historia política del Ejército Español». Madrid, 1974.
- Anitschkoff, A. «La campagne de Crimée». París, 1858.
- Arrué, Francisco Martín. «Guerras contemporáneas. Estudios de Arte Militar. Guerra de Crimea». Madrid, 1889.
- Bzancourt, Baron de. «L'expédition de Crimée». París, s. a.
- Becker, Jerónimo. «Historia de las relaciones exteriores de España». Madrid, 1869.
- Bédolliere, Emile de y Bourdier, R. «Histoire de la guerre d'Orient». París, 1965.
- Bousset, Camile. «Histoire de la guerre de Crimée». París, 1879-1894.
- Brakenbury, George. «The campaign in the Crimea». Londres, 1856.
- Casse, A. du. «Précis historique des opérations militaires en Orient (mars 1854, septembre 1855)». París, s. a.
- Chappuis, Jean-Pierre. «Croisade en Crimée: 1854-1855. La guerre qui arretera a les ruses». París, 1978.
- Dayot, Armand. «Le Second Empire». París, 1970.
- Garçot, Maurice. «Sebastopol». París, s. a.
- Guérin, León. «Histoire de la dernière guerre de Russie (1853-1855)». París, 1858.
- Hubbard, Gérard. «Histoire Contemporaine de L'Espagne». París, 1888.
- Kierman, J. V. «La revolución de 1854 en España». Madrid, 1970.
- Léonardon, Henri. «Prim». París, 1901.
- López de Letona, Antonio. «Estudios críticos sobre el estado militar de España». Madrid, 1877.
- Loubert, G. de. «Souvenirs de la guerre d'Orient. Journal de un soldat». Vincennes, 1857.
- Mac Clellan, George B. «Report of the secretary of war communicating the report of captain George B. Mac Olellan, one of the officers bent to the seat of war in Europe in 1855-1856». Washington, 1857 (Mac Clellan sería luego general en jefe del ejército de la Unión durante la primera parte de la guerra de Secesión).
- Martos, Cristino. «La revolución de julio de 1854». Madrid, 1856.
- Mousset, Albert. «L'Espagne dans la politique mondiale». París, 1923.
- Nicholson, J. B. R. «The British Army in Crimea». Londres, 1974.
- Nolan, E. H. «The illustrated history of the war against Rusia». Londres, 1857.
- Oliver Bertand, Raymond. «El caballero Prim». Barcelona, 1952.
- Orellana, Francisco J. «Historia del general Prim». Barcelona, 1872.
- Poch Noguier, José. «El general Prim». Barcelona, 1934.
- Rousset, Camille. «Guerre de Crimée». París, 1955.
- Young, Peter y Lawford, J. P. «History of the British Army». Londres, 1974.

A N E X O I

CUADRO DE HONOR DE LOS VOLUNTARIOS ESPAÑOLES MUERTOS EN EL
FRENTE DE SEBASTOPOL (CRIMEA). OCTUBRE 1854-SEPTIEMBRE 1855

Agustín Alegre (4).	Felipe Estévez (4).	Antonio Jiménez (4).
Tomás Alvarez (1).	José Fernández (1).	Tomás Julián (3).
Francisco Aragonés (4).	José Fernández (1).	Francisco Jusié (4).
Martín Arrarás (1).	Antonio Fernández (1).	Lorenzo de Lorenzo (5).
José Arregui (1).	Domingo Fernández (2).	Joaquín Ludón (1).
Agustín Balpiano (5).	Manuel Fernández (4).	Manuel Luges (1).
Antonio Berenguer (6).	Antonio Fernández (4).	Raimundo Llopis Pala-
Juan Bueno (1).	Carlos Ferriz (1).	cios (2).
Gregorio Budy (1).	Joaquín Fornes (4).	José Manufet (1).
Martín Calvo (1).	Juan Forcada (1).	Ignacio Martín (1).
Antonio Calvo (4).	José Fuertes (4).	Celestino Martín (4).
Juan Cancela (4).	Mariano Fumas (4).	Manuel Martinel (1).
Antonio Caminal (4).	Ramón García (1).	Fernando Martínez (1).
Juan Casanovas (2).	Juan García (4).	José Martínez (4).
Pedro Castillas (1).	Bautista Gasco (4).	Gabriel Menéndez (4).
Esteban Caze (4).	Serafín Gaspar (1).	Carlos Mier (2).
Marcos Ciabero (4).	José González (4).	Jesús Muñoz (3).
José Coder (1).	Rosalío González (4).	Gregorio Natividad (1).
Francisco Coll (4).	Francisco González (2).	Martín Oliva (2).
Narciso Comillis (2).	José Goñi (4).	Victoriano Oliver (1).
Agustín Dallas (4).	Bernardo Graneto (2).	Manuel Oros (1).
Andrés Díaz (1).	Bautista Guimerez (1).	Eugenio Ortiz (1).
Juan Bautista Ducas (4).	Luis Inaya (1).	Tomás Palis (4).
Juan Duclau (4).	Ignacio Jiménez (4).	José Pérez (4).
Francisco Pérez (4).	Juan Romero (2).	Antonio Pérez (1).
Casimiro Pérez (4).	José Ron (1) (Batalla de	Vicente Tirado (4).
Vicente Pérez (4).	Alma).	Vicente Tomás
Pedro Pifré (4).	Marto Royer (4).	Francisco Toribio (1).
Francisco Remón (5).	Francisco Runi (4).	Francisco Valeriano (1).
León Resino (1).	Juan Salas (1).	Manuel Vidal (3).
Ambrosio Robles (4).	Alberto Sandil (2).	Antonio Vigil (4).
Santiago Rodríguez (1).	Simón Santa (2).	Joaquín Zanuger (1).
Juan Rodríguez (4).	Manuel Santamaría (1).	Mariano Zubira (1).
	Francisco Sibanel (4).	

-
- 1) Muerto frente al enemigo.
 - 2) Muerto a consecuencia de las heridas sufridas en combate.
 - 3) Muerto por heridas siendo prisionero de guerra.
 - 4) Muerto por enfermedad (Campamentos de Inkerman y Balaklava).
 - 5) Desaparecido en acción de guerra.
 - 6) Muerto a bordo en la travesía Tolón-Balaklava.